

Contagio (Contagion)
by Xanthe
Spanish translation by Isabel Claret



This story is archived at <http://www.xanthe.org/contagion/>

Story Notes:

Esta historia fue escrita especialmente para mi querida amiga Sergeeva, por su cumpleaños.

Tendréis que disculparme por cualquier detalle médico incorrecto y por la ciencia falsificada que he utilizado en esta historia, ¡especialmente si os dedicáis a la medicina!

Chapter 1 by Xanthe

Fue el hedor, el abrumador y enfermizo hedor lo que alertó a Scully de que se estaban acercando a su destino. Toda la noche en la carretera, con una luna pura y blanca brillando en el cielo, y sacudida por el traqueteo del enorme camión, casi había podido creer durante unas pocas horas que no estaba viviendo esta existencia de pesadilla.

Habían viajado en silenciosa caravana campo a través, y Skinner le había dicho que aprovechara la ocasión para dormir un poco. Scully debería haber seguido su consejo, pero era demasiado tentador disfrutar del alivio que suponían unas horas lejos de la enfermedad, la miseria y aquel maldito hedor. Era demasiado tentador fingir que había vuelto atrás en el tiempo y que viajaba por un mundo que aún recordaba con tanta claridad. No había nada ahí fuera que le recordara cómo era su mundo ahora. En la oscuridad, con aquella hermosa luna y el aire del campo, dulcemente perfumado, era casi como en el pasado. Casi. Scully miró furtivamente al hombre sentado a su lado, conduciendo la camioneta. Típico de él, ordenarle a ella que durmiera, pero no darse ningún descanso a sí mismo. Ella se había ofrecido a conducir por turnos, pero él se había mostrado inflexible.

- Cuando lleguemos allí, necesitarán un médico. Uno bien descansado, y alerta- había enfatizado él, cortante.- Yo puedo aprovechar para dormir entonces- añadió torvamente.

Sólo que no lo haría. Scully lo sabía bien por experiencia. Tan pronto como llegaran a su destino, el trabajo de Skinner, al igual que el de ella, no haría más que empezar. Oh, él no atendería a los enfermos, ni comenzaría la difícil tarea de identificar esta nueva mutación. En lugar de eso, supervisaría la instalación de un hospital improvisado. Organizaría los suministros, evaluaría las necesidades de la angustiada población local en cuanto a alimentos y agua potable, establecería el alojamiento para ella y su equipo médico, y en definitiva se dedicaría a hacer su vida más fácil en las ciento una maneras en que siempre lo hacía. Scully cerró los ojos y se acercó las rodillas al pecho, descansando los pies sobre el largo asiento, y apoyó la cabeza contra la ventanilla, fingiendo dormir para complacerle. En los viejos tiempos, ella habría conducido junto a Mulder, riendo o bromeando como siempre hacían, en una interminable sucesión de pullas intercambiadas, la cómoda familiaridad de conocer a alguien tan bien. Skinner nunca bromeaba. Por supuesto, había poco de lo que reír en estos días. Quizá las actuales circunstancias habrían silenciado incluso el incorregible ánimo de Mulder. Tal vez.

Mulder.

El dolor de preguntarse dónde estaría no había desaparecido, ni siquiera después de tantos meses. Ni tampoco el resentimiento, para ser sincera. Cuando el virus había atacado a la población por primera vez se había desatado el caos, y Scully suponía que cada uno había tomado sus propias decisiones de acuerdo con quién y qué era. Mulder no habría servido para nada atendiendo a los enfermos y moribundos, de modo que se había embarcado en la búsqueda de los hombres sin rostro que habían traído aquel desastre al mundo. Scully, que poseía una disposición más pragmática, al igual que Skinner, se había volcado en tratar de atenuar el desastre en que se encontraban. ¿Qué más daba quién lo había causado y por qué, cuando había gente muriendo y necesitando desesperadamente cuidados médicos?

Skinner también se había mantenido fiel a su personalidad. Con el Presidente y la mayor parte del Congreso muertos, había tomado la responsabilidad de la única tarea significativa que se les presentaba: contener la enfermedad y derrotarla si era posible, aunque aquello parecía cada día más una causa perdida, a pesar de todos sus esfuerzos.

Skinner había trabajado sin descanso, estableciendo un cuartel general a las afueras de Washington,

organizando la distribución de todos los suministros médicos a través de allí, supervisando quién obtenía qué, y tomando algunas decisiones bastante duras entre tanto. Había perdido peso, pensó Scully, contemplándole por entre sus pestañas medio cerradas. Su rostro estaba enflaquecido, y tenía la mandíbula tan firmemente apretada que Scully se preguntó si alguna vez podría volver a sonreír. Con una punzada de culpabilidad, se fijó también en las oscuras sombras que bordeaban sus ojos y las líneas de fatiga marcadas en su frente. Él también necesitaba dormir, pero Scully ya sabía muy bien para entonces que no lo haría. Si Mulder le había parecido un compañero exasperante, en Skinner había encontrado una persona tan obstinada que a veces ella desearía golpearle con los puños en esa suave calva suya, de pura frustración. Mulder le había hecho perder los nervios muchas veces, con los alocados riesgos que corría y sus descabelladas teorías, pero era con Skinner con quien ella tenía las mayores broncas, y eso que él era, tenía que admitirlo, un hombre eminentemente razonable. Sólo que era condenadamente obstinado, especialmente en cuanto se refería a su propia salud.

- Ya casi estamos allí- murmuró ella.

- Sí. ¿Cómo lo sabe?— él miró con atención hacia la densa oscuridad que reinaba fuera de la camioneta. Sin suministros eléctricos centralizados que iluminaran las ciudades y los caminos, la noche había adquirido un matiz casi renegrido en apariencia, y las estrellas brillaban más intensamente. A Scully le recordaba las ocasiones en que había ido de camping con su padre, cuando era niña. En otra vida.

- Por el olor- ella se encogió de hombros y se sentó derecha, dedicándole una sesgada sonrisa sin humor.

- Ah, sí. Es extraño cómo uno se acostumbra a él- murmuró Skinner.- Hasta...

- ...que desaparece- dijeron los dos al mismo tiempo. La expresión de él se suavizó sólo un poco, mientras intercambiaban una mirada de entendimiento.- Entonces uno recuerda cómo eran las cosas antes- dijo ella suavemente.

- No sirve de nada pensar en el pasado- Skinner pisó el acelerador con más fuerza.

- No- contestó ella, cogiendo su cepillo del salpicadero y tironeando de los mechones de su pelo, lacios y sin vida. Quería parecer más humana, incluso aunque no se sentía así. Skinner era afortunado en ese sentido, pensó, mirándole de nuevo. Incluso cuando estaba en trabajo de campo, siempre se las arreglaba para tener un aspecto fresco. Sólo unos ojos experimentados podrían detectar los pequeños signos de que estaba muerto de cansancio y se movía en piloto automático. Scully había quedado realmente impresionada por su resistencia durante el año anterior. Skinner había trabajado infatigablemente, descansando poco y operando en condiciones de intenso estrés, pero aún no le había visto venirse abajo. Scully era consciente de cómo, gradualmente, había llegado a apoyarse en esa fuerza para seguir adelante.

- ¿Ha dormido?- preguntó él.

- No- ella se encogió de hombros.

El gesto de desaprobación de él profundizó las arrugas de las comisuras de su boca.- Le dije que durmiera- respondió secamente.- No tendrá ocasión de descansar en los próximos días.

- Lo sé- contestó ella, poniéndose un jersey. En la camioneta se estaba caliente, pero Scully sabía que haría frío cuando bajaran, en el pueblo.

- ¿Entonces por qué...?- insistió él.

- Porque quiero sentirme humana- le interrumpió ella.- Al menos durante unas cuantas horas, quería fingir que no estoy hasta la coronilla de enfermedad y muerte, y del maldito hedor de los cadáveres que se descomponen en las calles porque no queda nadie para enterrarlos. Quería oler el perfume de la normalidad, mirar a la luna, y sentarme a soñar cómo eran las cosas antes, así que por amor de Dios no me dé la lata con eso, ¿de acuerdo?

- Todos queremos cosas que no podemos tener- explotó él en respuesta.- He conducido yo porque quería que usted durmiera.

- ¡Bien, perdóneme por no saber obedecer cada una de sus órdenes al pie de la letra!- gritó ella- ¡La próxima vez que tenga insomnio, me someteré a un consejo de guerra!

Él pisó el freno bruscamente, y por un momento Scully creyó que había ido demasiado lejos, pero entonces vio que habían llegado a su destino. Su discusión quedó olvidada de inmediato. Trabajando tan cerca el uno del otro, esforzándose día y noche, sin un descanso adecuado, llevando a cabo lo que en el mejor de los casos era un trabajo agotador, y en el peor, francamente espantoso, las viejas barreras entre director adjunto y agente se habían desintegrado de algún modo. Él seguía al mando, por fuerza de voluntad y por sus dotes naturales de líder en solitario. El FBI no era más que un lejano recuerdo. La mayoría de sus agentes habían muerto, y nunca volvería a resurgir. Nada era ya como antes. Ella aún le llamaba “señor”, y él aún la llamaba “Scully” o “Agente Scully” ocasionalmente, cuando se olvidaba. Pero no eran más que viejos hábitos de conveniencia. Su relación de trabajo había cambiado más allá de lo reconocible.

Los faros de la camioneta iluminaron el nombre del pueblo: Carolina Springs, y la primera luz difusa del amanecer reveló una pila de cadáveres en descomposición a modo de bienvenida. Estaban apilados unos sobre otros y esparcidos por las calles, como si los que aún vivían sólo hubieran tenido fuerzas para empujarlos a través de la puerta. No quedaban energías para enterrarlos como era debido. Sólo la pura conveniencia humana, y el deseo de sobrevivir.

- Bienvenidos a Carolina Springs. Que tengan un buen día- dijo Scully en una amarga burla, bajándose de la camioneta y cerrando la portezuela de un golpe. La caravana de camiones se detuvo con gran estrépito en mitad del silencioso pueblo, y el equipo médico comenzó a descargar los suministros. Un hombre alto y delgado se les acercó corriendo desde lo que una vez había sido la escuela, y se quedó mirándoles como si no pudiera creer lo que veían sus ojos.

- Han venido. No creí que...- comenzó, arrastrando las palabras. Sus ojos ansiosos absorbían cada detalle de los camiones y la gente como si estuviese viendo un espejismo. Su mirada se detuvo en Skinner, y con un certero instinto, reconoció en él a la persona que estaba al mando.

- Soy Jonathan Farley- el hombre extendió su mano, y Skinner se la estrechó con firmeza.

- ¿Fue usted quien contactó con nosotros?- le preguntó.

- Sí. No estaba seguro de que hubiera alguien escuchando. Utilicé el equipo de radio... la gente decía

que no había nadie que pudiera ayudarnos. Pensábamos que tal vez Carolina Springs era el único pueblo en el que quedaba alguien con vida.

- Aún queda mucha gente con vida, créame- dijo Skinner resueltamente.

- Gracias a Dios. Cuando la electricidad se cortó, y luego el agua y el teléfono... Es difícil obtener noticias- respondió Farley.- Enviamos gente afuera, y al principio contactaban con nosotros por radio, pero después... después nada. Algunos de ellos lograron comunicarnos que estaban enfermos, pero ninguno regresó. Creímos que todo el mundo había muerto.

- Estamos haciendo todo lo que podemos para llegar a cada ciudad del país, pero no es fácil- le informó Skinner.- El virus muta cada pocas semanas, y cada vez que descubrimos la forma de tratar una cepa, surge otra distinta.- Skinner se pasó una mano fatigada por la frente.- La información que usted nos dio nos sugiere que tenemos otra mutación entre manos. Tenemos que contener las mutaciones, o de lo contrario...- se encogió de hombros secamente, sus ojos encontrando los de Scully, severos y llenos de una oscura certeza.- Bueno, tenemos que contener las mutaciones- terminó. No había un “o de lo contrario”, ambos lo sabían.

- De modo que, si no creyeran que esta cepa del virus es una mutación, ¿no estarían aquí?- preguntó Farley, el asombro reflejado en su rostro.

- No, lo siento. Nuestro trabajo es identificar cada mutación y disponer los medios necesarios para tratarla. Tenemos una red de personas por todo el país, pero sólo vamos adonde más se nos necesita. Una vez que se consigue tratar una cepa, nos limitamos a enviar la información por radio.

- ¡Eso no sirve de nada si no estamos en la ruta de los suministros!- exclamó Farley.

- Lo lamento. Es lo más que podemos hacer- en el rostro de Skinner se dibujaban líneas de tensión, y Scully sintió una oleada de irritación. ¿Es que aquél hombre no se daba cuenta de a lo que se enfrentaban?

- Ya veo que cada uno va a lo suyo- espetó Farley.- Me imagino que en las grandes ciudades estarán bien. Al gobierno le importamos un bledo los que vivimos en zonas rurales.

- No hay ningún gobierno, señor Farley.- le respondió Skinner, fatigado.- Sólo estamos nosotros. Para su información, le diré que tampoco quedan ya grandes ciudades. De hecho, son las poblaciones rurales aisladas como Carolina Springs las que mejor lo están llevando. Todas las grandes ciudades se las llevó por delante la primera oleada del virus. La última vez que lo comprobé, sólo quedaban unos cuantos miles de personas en Washington DC.- Skinner dejó que la estadística hablase por sí sola, y Scully vio cómo la tez de Farley palidecía.

- Así pues,- continuó Skinner- estamos aquí para ayudar. Si podemos contener esta mutación, entonces podremos evitar que se extienda y diezme lo que queda de la población mundial. ¿Sería tan amable de indicarnos el camino hacia las instalaciones que estén utilizando como hospital? Tenemos trabajo que hacer.

Farley asintió, mudo, dándose cuenta al fin de la magnitud de la situación. Scully lo lamentó por él. Incluso ahora, sabiendo lo que sabía, había momentos en que la enormidad de lo que había ocurrido la golpeaba de lleno. En esos momentos, se apartaba del resto y lloraba en privado. Estaba segura de que no había nadie que no hubiera hecho lo mismo alguna vez, incluyendo a Skinner. Al contemplar al

hombretón dirigiendo la operación tan eficientemente, era difícil imaginarle llorando, pero todo el mundo necesitaba desahogarse, y Scully estaba segura de que él también había tenido que soportar sus momentos de fría desesperación, como todos.

- Por aquí.- Farley les condujo hacia la escuela.

- ¿Cuántas personas han enfermado?- le preguntó Scully.- ¿Hay nuevos síntomas?- Él la miró fijamente, frunciendo el ceño.

- Ésta es la doctora Dana Scully- explicó Skinner.- Se encarga de identificar las mutaciones y encontrar un tratamiento.- Farley asintió, tratando de seguir el hilo de toda esta nueva información.

- Piense en ello como en una clase de gripe particularmente letal- le ayudó Scully, que había descubierto tiempo atrás que ésa era la mejor forma de obtener la información. La gente sencillamente no podía asimilar el concepto del aceite negro y los experimentos con seres humanos (para propósitos que ella aún no entendía), que habían desencadenado este desastre sobre el mundo.- Es un virus, así que no podemos tratarlo con antibióticos, y aunque puede propagarse por contacto físico, a menudo no es así. En ocasiones hemos visto erupciones espontáneas de la enfermedad en comunidades aisladas, incomprensiblemente.

- Ya veo.- Farley les condujo al interior de la escuela, y Scully percibió el hedor enfermizo y dulzón que había llegado a identificar con el virus. Era el olor familiar de un viejo enemigo, y Scully sintió la descarga de adrenalina que su instinto combativo envió por todo su cuerpo.

- De acuerdo.- Scully se paseó por las filas de personas enfermas, tumbadas en improvisados catres sobre el suelo, identificando los casos más graves y señalándolos a su equipo médico.- Lleven a estas personas a otra habitación. Los demás pueden quedarse aquí, aún tienen una oportunidad. Quiero muestras de sangre y análisis dentro de dos horas. Muévanse.

Farley la miraba fijamente, todavía en estado de shock. Scully se sentía como si hubiera entrado en una nueva dinámica, toda fatiga expulsada de su cuerpo por la crisis que tenía entre manos. Su mirada captó la de Skinner brevemente, y vio en ella algo parecido a la diversión, combinada con un profundo respeto. El momento pasó, y él se giró, dando sus propias órdenes.

- Quiero que todo hombre, mujer o niño de más de siete años capaz de tenerse en pie se reúna conmigo afuera- le encargó a Farley.

- ¿Qué? ¿Por qué? Pensamos que era mejor no mezclarnos para evitar propagar la enfermedad- protestó Farley, corriendo tras Skinner.

- La experiencia nos ha demostrado que una vez que una ciudad ha cogido la enfermedad, tiene la enfermedad. Es cuestión de tiempo. Todo el que vaya a cogerla la cogerá, y no parece que tenga mucho que ver con el contacto físico- le dijo Skinner secamente.- Personas que se habían atrincherado en sus sótanos durante semanas han sido halladas muertas al final. El virus tiene una forma de propagarse que no comprendemos realmente. A veces se contagia claramente por contacto humano, pero en la mayoría de los casos no es así. No tenemos ni idea del porqué. Ahora bien, necesito gente para enterrar esa pila de cadáveres que han dejado en las afueras. Si no, dentro de poco la gente empezará a enfermar de fiebres tifoideas y cólera, y créame, esas dos pueden ser tan mortales como el virus, si no se tienen las medicinas necesarias para tratarlas. Y nosotros no las tenemos, en cualquier caso no en cantidad suficiente. No tenemos mucho tiempo, pongámonos en marcha- terminó vivamente, saliendo de la

escuela con largas y urgentes zancadas.

- Sí, señor- murmuró Farley débilmente, corriendo para alcanzarle.

Scully contuvo una sonrisa mientras les miraba marchar. Tener a alguien como Skinner alrededor era reconfortante. Siempre parecía que sabía exactamente lo que estaba haciendo, y proyectaba un aire de autoridad al que la gente respondía bien. Les consolaba, les dotaba de una sensación de estabilidad en un mundo que se había vuelto tan cambiante como arenas movedizas. Scully no se sorprendía de que Farley, inconscientemente, hubiera empezado a dirigirse a él como “señor”.

Las siguientes treinta horas pasaron en una neblina de actividad para Scully. Los síntomas de la enfermedad eran, como siempre, desconcertantes en su diversidad. Esta cepa en particular provocaba en sus víctimas un sarpullido rojo oscuro, y causaba problemas respiratorios que conducían a un tipo de neumonía bastante nocivo, que estaba matando a la gente a un ritmo alarmante. El virus en sí era inmune a los antibióticos, pero además las infecciones secundarias tampoco respondían a ellos, y los sonidos de las roncas y trabajosas respiraciones eran la música de fondo permanente para su trabajo.

Pronto aisló el virus en el microscopio. Era ya tan familiar para ella como el dorso de su propia mano, y había llegado a odiarlo por toda su caleidoscópica belleza. Y realmente era hermoso. Compuesto por múltiples facetas, surcado por una miríada de componentes intrincadamente conectados, contaba con un ingenioso método de reproducción, aparentemente imparable. Y con cada mutación, se volvía más letal.

Scully había visto incontables médicos y voluntarios de primera línea morir por culpa de la enfermedad, y se preguntaba cuándo llegaría su hora. Quedaban muy pocos médicos auténticos en su equipo, la mayoría eran simplemente voluntarios entrenados. En esos momentos, ella era el miembro más cualificado del personal médico del cuartel general, y que ella supiera, de todo Estados Unidos. A veces se preguntaba por qué se había librado. Había trabajado más cerca del virus que nadie, y aun así era aparentemente inmune a todas y cada una de las mutaciones. Hubo un tiempo en que cualquier tos, y cada uno de sus muchos dolores de cabeza, le hacían preguntarse si finalmente el virus había venido a reclamarla, pero ese miedo se había reducido bastante. Scully había llegado a la conclusión de que era inmune, y no por casualidad. Sospechaba que los experimentos a los que la habían sometido durante su abducción, unos años antes, de algún modo la habían hecho invulnerable a la fuerza mortal de este virus en particular.

Skinner era otra cuestión. Él era el único miembro del improvisado equipo de emergencia, aparte de ella, que quedaba desde los primeros días en que el virus había atacado. Había estado con ella en cada misión, siempre en primera línea. Había permanecido a su lado mientras ella identificaba cada cepa del virus y encontraba un tratamiento, y no había sucumbido. Scully no sabía por qué era así, pero daba gracias por ello. Sin él, estarían perdidos. Él le posibilitaba hacer el trabajo que ella hacía tan bien, y hacía ese trabajo tan fácil como las circunstancias lo permitían. Scully era consciente de que ella no tendría energía para hacer el trabajo de Skinner además del suyo. Si él cogía la enfermedad... si moría... Scully detuvo su trabajo un momento, al notar que sus manos temblaban incontrolablemente. Respiró profundamente, varias veces, y tomó un sorbo del café que uno de los de su equipo le había traído. Sabía que estaba consumiendo demasiada cafeína, pero tenía que permanecer despierta.

- ¿Cómo va?

Scully dio un salto y levantó la vista para ver a Skinner en el vano de la puerta. Siempre se pasaba cada pocas horas para ver si ella necesitaba algo, y para asegurarse de que se acordaba de comer. Cuando Scully se sumergía en su trabajo, tenía la costumbre de olvidarse del mundo exterior, y si Skinner no insistiera con regularidad en que hiciera una pausa para comer, ella sabía que habría trabajado todo el tiempo sin parar.

- Bien- asintió ella, dejando el café en la mesa con rapidez, al notar cuánto le temblaban las manos.

- ¿Algún progreso?- él se acercó a su lado, y ella pudo sentir su esencia. Todos ellos olían un poco más fuerte entonces, ya que era difícil mantener siquiera las más básicas normas de higiene en aquellas condiciones. Largos baños y ropa limpia eran recuerdos que pertenecían a la memoria lejana. El olor de Skinner era ya tan familiar para ella como el suyo propio, y para ser sincera, no le resultaba desagradable. El olor de un cuerpo humano sano era una bien recibida tregua en medio del empalagoso hedor de la enfermedad que se filtraba desde la sala contigua, y el olor de la muerte que invadía la habitación desde fuera.

- Algo- contestó Scully, encogiéndose de hombros.

- ¿Es...- se detuvo, y sus oscuros ojos encontraron los de ella, claramente temiendo lo peor.- ¿Es este?

Ella supo inmediatamente de qué hablaba. Era información confidencial, restringida a ellos dos, la ayudante de Skinner, Julia Mareno, y la mano derecha de Scully en el equipo médico, Eric Hunter. Según los datos que habían recopilado hasta entonces, las mutaciones estaban subiendo rápidamente en gravedad. Pronto, el virus evolucionaría más allá de su capacidad de tratarlo, y después de eso, todos morirían. Incluso la pequeña minoría de gente que había sufrido la enfermedad antes y había sobrevivido, no resistirían la infección de esa mutación que esperaban, y a la que Skinner se refería.

-No.- Ella se apresuró a despejar sus temores, y le vio exhalar un suspiro de alivio.- En realidad, esta mutación no es tan distinta de la que encontramos en...- señaló hacia el microscopio, y se detuvo cuando él le agarró la mano.

- Está temblando- afirmó Skinner. Casi parecía una acusación.

- Sobredosis de cafeína- sonrió ella pálidamente.

- Es hora de que pare, y duerma un poco- le ordenó él.

- Aún no. Estoy cerca, y...

- Ahora.- Skinner no elevó la voz, pero su voz estaba cargada con el peso de su autoridad. Scully le miró a los ojos un momento, pero su expresión no se suavizó.- He hecho que nos preparen alojamiento en una casa cercana. También he encargado una comida caliente- le soltó la muñeca, franqueó de una zancada la distancia hasta la puerta, y la abrió.

Ella pensó discutir (Dios sabía que habían tenido suficientes duelos de voluntades durante los últimos meses), pero la idea de la comida, de permitir a sus doloridos pies que dejaran de sostener su peso, y de cerrar los ojos unas horas era demasiado tentadora. Con un suspiro de resignación, se encaminó hacia la puerta. Él tampoco tenía mucho mejor aspecto, pensó Scully, sabiendo de él no cuidaba nadie, ni le obligaba a comer y dormir. Su rostro estaba marcado por líneas de fatiga, y su piel, normalmente

bronceada, se veía pálida y apagada.

El alojamiento que Skinner había elegido estaba justo al otro lado de la calle, frente a la escuela. Scully caminaba tras él, en una bruma de agotamiento, cuando su camino fue bloqueado por un furioso Jonathan Farley.

- ¿Qué hacen aquí estas tropas?- exigió, ondeando una mano hacia la docena de guardias armados que patrullaban el perímetro de la escuela.- ¿Tratan de evitar que los enfermos se escapen? ¿Exactamente qué clase de experimentos lleva usted a cabo ahí dentro, Skinner?

Scully sintió una oleada de rabia abriéndose paso a través de su fatiga. Su trabajo ya era bastante difícil sin tener que hacer frente a la hostilidad de la población local, pero la respuesta de Skinner fue razonada, firme, y escrupulosamente cortés.

- No están aquí para evitar que los enfermos se marchen. Están para proteger a mi gente.

- ¿Protegerles de qué? ¿De los muertos?- reclamó Farley, arqueando una ceja con incredulidad.

- No, de los vivos. En un país lleno de gente enferma, un médico es más valioso que el oro, y no quedan muchos- dijo Skinner secamente, descansando una mano sobre el hombro de Scully en un inconsciente gesto protector.

- ¿Qué?- se atragantó Farley.- ¿Hay gente que...?

- ¿Secuestrarían a un doctor? Sí. Ya nos ha ocurrido- contestó Skinner, lacónico.- Perdimos a unos cuantos de esa forma, hasta que comenzamos a llevar escolta armada. Tenemos que tomar precauciones.

- Lo supongo. Discúlpeme- murmuró Farley, con expresión avergonzada.- Nunca creí que las personas podrían convertirse en semejantes bárbaros.

- Están desesperados. Sus seres queridos están enfermos y muriendo, y también tienen miedo por sí mismos.- Skinner suspiró.- Les comprendo, pero esas armas no están sólo para mostrarlas. Mi equipo tiene órdenes de disparar a matar. Puede que estemos intentando salvar vidas, pero que me condenen si alguien de mi gente va a resultar herido por hacer su trabajo.

Scully sonrió para sí, y giró los hombros para aliviar el dolor que sentía. Proteger a su gente siempre había sido una de las principales preocupaciones de Skinner, incluso antes de esta catástrofe. De repente tuvo conciencia de lo segura que le hacía sentir la mano de él, descansando en su hombro. Farley se apartó de su camino, aún sonrojado, y Skinner la condujo hacia el que sería su hogar durante los próximos días o semanas, dependiendo de cuánto tiempo les llevase. Sintió una repentina oleada de absurda gratitud hacia él. Estaba tan profundamente cansada que corría peligro de desplomarse, y le gustaba sentir la mano de él tocándola, recordándole en medio de aquella inhumana situación que ella era, al fin y al cabo, aún de carne y hueso.

Scully se sentó para su almuerzo, que consistía en carne picada y arroz. La comida, al menos, era un problema del que no tenían que preocuparse. Aunque nadie producía ya nada, los campos se habían

abandonado sin cultivar y el ganado estaba desatendido, había suficiente comida enlatada como para que la merma población tuviera para varios años. Puede que no fuese fresca, pero evitaría que muriesen de inanición.

Unos cuantos miembros del equipo comieron con ellos, intercambiando chistes, tratando de tomarse un respiro de la extrema tensión de su trabajo. Scully se unió a ellos, a pesar de su cansancio, disfrutando de la camaradería y las bromas. Julia Mareno hablaba con Skinner en voz baja, repasando un calendario de trabajo con él, comentando los suministros que necesitarían. La oscura cabeza de la mujer asentía mientras él asimilaba la información que ella le daba, y le transmitía una serie de órdenes para el día siguiente. Julia había sido un regalo de Dios. Antigua secretaria de una gran empresa de informática, había entrado en el cuartel general ocho meses antes, y en seguida se había hecho imprescindible. Había perdido a toda su familia (sus tres hijos, su hermana, sus padres), pero en eso no era la única, y decidió plantar batalla, al igual que hacían ellos, canalizando su sufrimiento para algo constructivo. Trabajaba bien con Skinner, era casi tan eficiente como él, y entre ambos les mantenían a todos alimentados, les facilitaban lugares donde dormir, y coordinaban las entregas de materiales.

Scully contempló a Skinner engullir su ración sin saborearla. La comida se había convertido en un mero combustible, ya no era algo que se paladeaba, algo en lo que entretenerse y disfrutar por la mera satisfacción de los sentidos. Scully se preguntó cuándo, si es que alguna vez ocurría, volverían a ser seres humanos normales, que obtenían placeres sencillos de la comida, la bebida, incluso de la compañía de los otros. Scully sabía que algunas personas se habían lanzado a breves e intensas relaciones sexuales, sabiendo que la muerte podía llamarles en cualquier momento y buscando extraer el máximo de cada momento de vida que les quedase. Ella no se había sentido tentada de hacer lo mismo, y en ocasiones se preguntaba si era simplemente porque estaba demasiado cansada para considerarlo siquiera, o si era que Mulder había capturado su corazón mucho más de lo que creía.

- A la cama- dijo Skinner, y Scully levantó abruptamente la cabeza, dándose cuenta de que se había quedado dormida sobre el plato.

- Sí. Creo que sí.

Él se puso en pie, y la condujo por un pasillo hasta un dormitorio. No era gran cosa, nada más que un colchón sobre el suelo, pero era suficiente.

- Hogar, dulce hogar- Scully le sonrió, dejando que su mirada vagara por la destartada habitación, con su papel de pared medio despegado y su leve olor a humedad.

- La próxima vez me encargaré de que pongan un jarrón con flores frescas junto a su cama- bromeó él con aire ausente, como si estuviera tan cansado que hubiese olvidado que sonreír era algo que no hacía. Skinner siempre se aseguraba de que ella tuviese intimidad. El resto del grupo descansaba en un dormitorio común en estas misiones fuera de la base, pero Skinner insistía en que ella tuviese su propia habitación, para que no la molestara el ir y venir de otras personas mientras dormía.

“Usted es nuestra única esperanza de futuro”, le había explicado él cuando ella protestó. Una parte de ella se había erizado ante eso. Nadie tenía que cuidarla, ella podía cuidar de sí misma. Pero otra parte de su ser, largo tiempo reprimida, se sentía complacida, aunque no estaba segura del motivo.

- Espero que usted también vaya a descansar un poco- le dijo a Skinner.

- Ya dormí unas cuantas horas mientras usted estaba trabajando- respondió él con un encogimiento de hombros, y ella supo que mentía. Demasiado cansada para protestar, se arrojó sobre el colchón y se quedó dormida incluso antes de caer en él. No vio cómo Skinner cubría su cuerpo con la manta y le acariciaba suavemente la mejilla antes de salir de puntillas de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Scully despertó unas horas más tarde, refrescada por el descanso. Aún se sentía como si pudiera dormir durante un año entero, pero el palpitante dolor de cabeza había disminuido. Lo primero que captó su atención fue un reflejo anaranjado en el suelo, junto a ella. Fijó su mirada en él durante largo tiempo hasta que logró enfocararlo, y entonces emitió un pequeño gorjeo de placentera sorpresa. Allí, apoyadas en una vieja lata de judías, ahora llena de agua, había cuatro rosas en flor de brillante colorido. Ciertamente, una de ellas ya había pasado su mejor momento y estaba perdiendo sus pétalos con rapidez, pero los colores eran tan espléndidos y tan cercanos, que le cortaron la respiración. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Estaba tan acostumbrada tanto a vivir entre camiones y hospitales improvisados, a la desesperación y la fealdad de la enfermedad, que había olvidado que el mundo también podía ser hermoso. Se quedó allí tumbada, simplemente admirando las flores, durante largo rato, maravillándose ante lo mucho que había cambiado su vida para que algo tan sencillo pudiera causarle tanto placer.

Finalmente, se levantó y se cepilló el pelo con fuertes tirones. No podía recordar cuándo se había mirado en un espejo por última vez, y suponía que tenía un aspecto desastroso, pero mantener su pelo sin enredos le hacía sentir al menos medio humana. Scully paseó por el exterior del edificio. Eran las últimas horas de la tarde y comenzaba a hacer frío. Se apresuró a entrar de nuevo, cogió la manta de su cama, se envolvió en ella y salió de nuevo.

Un perro ladraba en la distancia, pero aparte de eso el pueblo estaba misteriosamente silencioso. Otro pueblo fantasma. Scully apenas lograba recordar el bullicio de gente y de coches que formaba parte de su antigua vida. Ya no quedaba ningún lugar bien poblado. La tranquilidad se había vuelto tan familiar como el hedor. Scully vivía en un mundo de extremos, donde las noches eran más oscuras, los olores más agudos, y el silencio más profundo de lo que nunca antes había conocido.

Estaba a punto de cruzar hacia la escuela cuando un haz de luz anaranjado en el horizonte reclamó su atención. Acordándose de sus flores, se volvió hacia él con una sonrisa. Era una puesta de sol, una gloriosa y vívida puesta de sol. Mientras la contemplaba, vislumbró una silueta sentada en lo alto de una pequeña colina cubierta de hierba, al final de la calle. Scully caminó en aquella dirección, comenzó a subir trabajosamente la colina hacia él y entonces se detuvo.

Era Skinner. Vestía su acostumbrado uniforme de descoloridos vaqueros y camisa oscura, abierta en el cuello, y el frío viento ondeaba a través de la camisa, haciéndola levantarse e hincharse alrededor de su cuerpo. La débil luz anaranjada de la puesta de sol le cubría de llameantes sombras de rojo y dorado, reflejándose en su cuero cabelludo y haciendo que sus oscuros ojos parecieran casi negros. Las sombras difuminaban las fatigadas líneas de su rostro, y parecía más joven y más relajado que como ella solía verle.

De pronto él se dio cuenta de que estaba siendo observado, y levantó la vista hacia ella. Scully sonrió y

se sentó a su lado, pasando la manta sobre los hombros de él.

- Estás helado- le regañó, sintiendo la frialdad en su piel a través de la delgada camisa.

- Sí, pero no quería moverme, por si me lo perdía- inclinó la cabeza en dirección a la magnífica puesta de sol.- Tenías razón, antes.- Skinner se aclaró la garganta y continuó mirando a lo lejos, sin volver la vista hacia ella.- Si no podemos pararnos a apreciar lo bueno que aún queda en el mundo, si todo lo que vemos es enfermedad, y dolor, entonces, ¿qué sentido tiene seguir adelante?

- Estoy de acuerdo.- Scully encogió las piernas hasta que las rodillas tocaron su pecho y luchó por evitar que la manta ondeara descontrolada al viento. Skinner tiró de su extremo y luego deslizó un enorme brazo alrededor de los hombros de ella, resguardándola de lo peor del viento, y manteniéndolos a ambos bien envueltos en la manta. Se sintió abrigada, cómoda, y segura.

Scully casi se rió en voz alta, recordando una época en que la mera idea de sentarse sobre una colina con su jefe de pétreo rostro, envueltos en una manta con su brazo rodeándola, le habría hecho tambalearse de sorpresa. Skinner no era un hombre con el que jamás hubiese imaginado compartir tal intimidad, pero las circunstancias les habían cambiado, y cuando una veía a un hombre día tras día, en sus mejores momentos y en los peores, los antiguos límites desaparecían.

El sol emitió un breve y resplandeciente destello de gloria, antes de hundirse y desaparecer de la vista. Scully contempló el último reflejo de naranja y rojo que quedaba, apoyando la cabeza en el hombro de Skinner. Permanecieron en silencio largo rato, saboreando la belleza del momento, y entonces ella se volvió para mirarle.

- Gracias- murmuró.

Él se encogió de hombros. Era tan cálido y sólido, tan grande, una reconfortante presencia a su lado. Scully podía sentir los duros contornos de sus músculos a través de la delgada camisa.

- Discúlpame por el jarrón que utilicé- dijo él, a modo de respuesta.- Fue lo mejor que pude conseguir.

- Era perfecto. Las flores eran preciosas. A veces es fácil olvidar...- se detuvo, sintiendo que las palabras se atragantaban en su garganta.

- Lo sé. Tú me lo recordaste. Lo siento, sé que a veces puedo ser... obstinado- dijo él con una mueca.- Es sólo que hay tanto que hacer y...- su voz decayó- ...la verdad es que estoy asustado. A veces es como si fuéramos lo único que se interpone entre la raza humana y el fin del mundo. Somos los únicos que podemos parar el Apocalipsis, y veo que se nos acaba el tiempo, la energía, los suministros...- Skinner dejó arrastrarse las palabras, y ella supo que le había encontrado en uno de esos momentos de duda y desesperación que todos experimentaban de vez en cuando.

- Me pregunto cómo sería este mundo sin nosotros, quizás sería mejor. O tal vez alguna nueva criatura evolucionaría para ocupar nuestro lugar- continuó él, mirando pensativamente hacia la oscuridad que iba invadiéndolo todo.- ¿Es una batalla que no podemos ganar, Scully? ¿Nos derrotará?

Skinner la miró un momento, y ella se sintió agradecida por estar allí, con él, en aquel preciso momento. Era tan raro que él permitiese a nadie acercarse, siempre llevaba sus cargas auestas solo. Cuando estaba organizando a todo el mundo, manteniéndose sólo a base de adrenalina, irritable e impaciente de puro agotamiento, era fácil olvidarse de que Skinner era simplemente humano, de carne y hueso, como

todos al fin y al cabo.

- No eres el único que se siente así- le reconvino ella amablemente.- No creas que yo no he tenido mis momentos también, en los que he creído que un fallo mío nos destruiría a todos. Aún lo pienso, de vez en cuando. Tú has hecho más que cualquiera de nosotros por mantener a la gente con vida, por hacer llegar los suministros a los que más los necesitan. Tú fuiste el único que se dio cuenta de la necesidad de atacar cada mutación antes de que se nos fuera de las manos. Ha sido tu visión lo que ha evitado que el mundo se convierta en un caos.

- Bueno, ser un buen administrador siempre fue mi mejor habilidad, y probablemente la única- murmuró él, con un irónico desprecio de sí mismo.

- Es mucho más que eso.- Scully le hundió un dedo en las costillas para recriminarle.- Sólo mírales- volvió la vista hacia el pueblo, al pie de la colina, donde un grupo de personas iban de acá para allá alrededor de la escuela, caminando apresuradamente como un puñado de hormigas.- Tú les mantienes en marcha. Hace falta algo más que talento de organizador para poder conservar un orden y tomar las decisiones cuanto tantas cosas se están desintegrando. Todos ellos podrían habernos abandonado, huir para salvarse ellos mismos, pero no lo hacen. Se quedan porque creen en ti y en lo que intentas hacer.

- Aun así, ¿es una causa perdida?- murmuró él. Scully nunca le había visto así, tan abierto y tan vulnerable. Se dio cuenta de que su fachada de testarudez era un disfraz que llevaba tan sólo para conseguir que todos ellos siguieran adelante. Pero debajo de todo eso, Skinner tenía las mismas dudas y preocupaciones que todos. Simplemente las mantenía ocultas para que la gente tuviera algo en lo que creer y una roca a la que aferrarse, un cierto sentido de permanencia en un mundo que tendía a cambiar demasiado deprisa.

- No. Si tenemos que sucumbir, te aseguro que lo haremos luchando- replicó ella, citando una de las frases favoritas de su madre.

- Ah, ésa es mi Scully guerrera. Siempre llena de fuego- dijo él con una sonrisa triste.

- Y tú has estado demasiado en mi línea de fuego últimamente. Lo siento- suspiró ella.- Mi madre siempre decía que era cosa del pelo rojo. Me he esforzado toda mi vida en mantener mi genio bajo control, y solía ser capaz de hacerlo, pero ahora...

- Estás demasiado cansada, demasiado estresada, demasiado enferma del alma para ocultar lo que sientes. Yo también. Perdimos las sutilezas de la civilización hace ya algún tiempo- contestó él, riendo.- El cortés barniz de los “sí, señor” y “no, señor” que escondía nuestros verdaderos sentimientos sobre cualquier tema.

- No recuerdo haber querido gritarte tanto antes...- murmuró Scully, pensativa- ...aunque ahora que lo mencionas...

- No siga por ahí, agente- le dijo él con fingida severidad.

Ella se echó a reír- Sí, señor. No, señor- respondió sagazmente, y él le acarició el hombro, emitiendo una carcajada a su vez.

Tenía un aspecto tan diferente cuando reía, pensó Scully. Realmente había visto lo mejor y lo peor de él desde que les habían empujado de bruces en aquella pesadilla. No recordaba haber visto nunca al

director adjunto Skinner reír así, ni podría haberle imaginado cortando cuatro rosas para ella, sólo para animarle el día, o sentado contemplando una puesta de sol en una colina, envuelto en una manta y desnudando su alma frente a ella. Nunca habría imaginado mantener una pelea con el director adjunto Skinner como las que había tenido últimamente, los dos poniendo toda la carne en el asador, empleando toda la artillería. Nunca habría imaginado que le vería sucio y sin afeitarse, vestido con prendas raídas y manchadas, limpiando enormes montones de sangre y vómito, o con el pecho desnudo y el cuerpo cubierto de barro mientras cavaba, junto a una docena de voluntarios, una fosa común. Pero le había visto en todos esos casos.

- Echo de menos ser la agente Scully- comentó de repente, sintiendo que las palabras de Skinner habían devuelto a la vida un viejo recuerdo.

- Echo de menos ser el director adjunto Skinner- murmuró él en respuesta.

- ¿Cómo es posible que nunca sepas que esos son los buenos tiempos mientras los estás viviendo?- suspiró ella.- Si lo hubiera sabido, estoy segura de que habría intentado... no sé, disfrutar más.

- Sé a qué te refieres- el viento arreció, y Skinner acomodó la manta aún más estrechamente en torno a ambos.- El tiempo pasa tan deprisa, una corriente interminable de papeleo, reuniones, conferencias, sesiones informativas, y la maldita política interna de la oficina. Podría haber hecho mucho más con mi vida si tan sólo hubiera sabido...

- Sí.- Scully descansó de nuevo su cabeza en el hombro de él, y permanecieron allí sentados unos minutos más. Era un breve respiro de lo que les esperaba al final de la calle. Finalmente, en mudo acuerdo, se pusieron en pie. Skinner dobló la manta, se la colocó bajo el brazo, y emprendieron juntos el camino de vuelta.

Scully no estaba segura de cuándo había llegado a endurecerse ante la visión de los moribundos, pero había visto a tanta gente, de todas las edades, que en algún punto del camino todo se había vuelto una mancha sin rostro para ella. Sabía que eran personas reales, con vidas reales y sus propios bagajes de recuerdos, pero en aquellos momentos ella sólo veía la pálida y frágil carne humana donde una vez vio a las personas que había debajo.

Caminó por el vestíbulo de su improvisado laboratorio de investigación, sin oír siquiera los lamentos de los enfermos o los estertores de un hombre que lentamente, ruidosamente, moría. Otros se deslizaban hacia la muerte sin una protesta, estaban allí un minuto y al siguiente se habían ido. Sus cadáveres eran apilados fuera de la escuela, esperando a que los enterrasen.

Scully trabajó en el virus un día más, parando sólo para comer cuando Skinner se lo recordaba. Finalmente, y tras haber logrado un tratamiento provisional, se aventuró a salir a la enfermería para empezar a probarlo. No había tiempo para sutilezas, no podía usar cobayas. Cogió una docena de viales y una caja de jeringuillas, y comenzó a buscar los enfermos que presentaban mejor estado. La amarga experiencia le había enseñado que no tenía sentido desperdiciar una preciada medicina en aquellos cuya infección había avanzado tanto que iban a morir de todos modos. Era una decisión brutal en tiempos brutales, y Scully odiaba tener que hacer el papel de Dios de esa manera. Aún podía recordar una época en que su alma ética se habría revuelto ante la sola idea, pero aquello parecía pertenecer a un pasado

muy remoto, y ahora ella era mayor, más sabia, y más cínica. La necesidad de la mera supervivencia le había quitado el lujo de tener una conciencia.

Se arrodilló junto a una cama, tendiéndole unos cuantos viales y jeringuillas a su equipo, y comenzó a trabajar en el paciente más cercano. Mientras trabajaba, divisó a Skinner por el rabillo del ojo. Estaba acucillado junto a un enfermo, mostrándole una fotografía, haciéndole la misma pregunta que siempre hacía, donde quiera que fuesen.

- ¿Ha visto a este hombre? ¿Le reconoce?- siempre recibía la misma respuesta. Un movimiento de cabeza, a veces un “lo siento” en un susurro, y él se dirigía al siguiente, y luego al siguiente.

- ¿No hay noticias?- preguntó ella al llegar junto él, al tiempo que preparaba al paciente con el que estaba hablando.

Skinner negó con la cabeza.- Esta vez no- dijo.

Siempre lo decía de aquella manera, “Esta vez no”, como si algún día fuese a recibir la respuesta que él sabía que ella quería, como si sólo fuese cuestión de tiempo. En privado, Scully dudaba que alguna vez fuese a obtener esa respuesta.

Ella intentó no mirar hacia la foto, pero no pudo evitarlo. Mulder sonreía en ella, con la risa reflejada en sus ojos castaños. Scully recordaba el día en que se la había hecho, cómo él estaba en mitad de una de sus legendarias diatribas sobre algún aspecto de lo paranormal, y cómo ella le había estado escuchando sólo a medias, mientras él deambulaba de un lado para otro y ella sacaba fotografías de la escena del crimen. Al final, en un esfuerzo por hacerle callar, ella le había apuntado con el objetivo y le había dicho: “Cierra el pico o disparo”, y él había abierto la boca, sus ojos danzando con aire travieso, retándola a que disparase de veras. Y ella lo había hecho, con la cámara, y él se había reído todo el tiempo. Scully se sintió súbitamente mareada cuando el recuerdo la asaltó. Había ocurrido en otra vida, y a otra Scully diferente.

- Scully- sintió la mano de Skinner sobre su brazo.

- No es nada. Lo siento. Sólo...- apoyó la cadera en la pared un momento, respirando profundamente, y le dijo.- Ya han pasado varios meses. No hemos tenido ninguna noticia de él en todo este tiempo. Tenemos que afrontar los hechos.

La expresión de él se transformó en granito, cerrada y remota.- Seguiré preguntando- respondió.

- Y seguirás obteniendo las mismas respuestas. Si está vivo, sabe dónde encontrarnos. Habría contactado con nosotros- replicó ella.

- Nosotros no hemos sucumbido a la enfermedad, él podría ser inmune también- declaró Skinner implacablemente, resistiéndose a darse por vencido. Ni con Mulder ni con cualquiera de ellos, pensó Scully para sí. La pérdida de Mulder aún la retorció por dentro como un cuchillo atravesado en su corazón. Era un dolor real, físico. A veces sentía que estaría dispuesta a hacer cualquier cosa por hacerle volver, por verle otra vez aunque sólo fuese un minuto, por escuchar esa voz baja y monótona, por arrojar los brazos alrededor de su cuello, estrechar ese desgarrado cuerpo suyo y nunca dejarle marchar.

- No va a volver- dijo ella, más para protegerse a sí misma del dolor de la esperanza eterna que porque lo creyera realmente.- Nunca va a volver.- Se apartó bruscamente de la frente un mechón de pelo

húmedo de sudor.- ¡¿Cuándo demonios te entrará en esa maldita cabeza la idea de que no va a volver?!

Skinner la contempló con mudo desacuerdo, y sus miradas se prendieron la una en la otra durante un momento. Entonces él se levantó, giró sobre sus talones y salió a grandes zancadas del edificio.

Los días se convirtieron en noches, y todos ellos se sintieron fundirse en una interminable, agotadora miasma de comprobar, limpiar, atender y finalmente retirar los cadáveres. Scully perdió la pista de todo excepto de la necesidad de poner un pie delante del otro. La infección alcanzó su punto álgido, luego decayó, dejando una estela de incontables vidas diezmadas en su despertar. Hacia el final, Scully encontró a Jonathan Farley agarrando desesperadamente la mano de una niña moribunda.

- Mi hija. Es mi hija-sollozó, mirándola, sus ojos enloquecidos y llenos de un desesperado anhelo de que ella pudiera obrar un milagro. Scully miró a la chiquilla y trató de sentir algo, cualquier cosa, por la preciosa y rubia niña que yacía, pálida y apática, sobre el colchón. Pero no sintió nada.

- Lo lamento- puso su mano sobre el hombro de Farley, recordando que debía pronunciar las palabras, pero sintiéndose insegura de lo que significaban, si es que significaban algo.

- Todavía está viva. Usted puede hacer algo... por favor, haga algo- le suplicó el hombre.

Ella sacudió la cabeza- Le hemos administrado el único tratamiento que tenemos. No funciona con todo el mundo.- En realidad, el tratamiento sólo funcionaba en un quince por ciento de los pacientes, lo cual era una gota en mitad del océano por lo que a Scully se refería.

- No la deje morir. ¡No debe dejarla morir!- Farley se agarró a Scully, gritando y chillando. Ella perdió el equilibrio, aterrizando con un fuerte golpe y lastimándose el codo. En cuestión de segundos Skinner estaba junto a ella, empujando a Farley lejos, silenciosamente ayudándola a ponerse en pie de nuevo.

- Lo siento, lo siento, lo siento...- repetía Scully una y otra vez, como un mantra, apenas capaz de caminar derecha, menos aún pensar.

- Vamos, ya ha pasado. Has hecho todo lo que has podido aquí. Estamos recogiendo todo. Puedes descansar un rato antes de que nos vayamos- le dijo Skinner, rodeándola con un brazo para llevarla hasta su dormitorio. Al llegar a la puerta, Scully oyó un grito que le heló la sangre, y se volvió para ver a Farley apretando desesperadamente contra su pecho el cuerpo, ya sin vida, de su hija.

- ¿Por qué nos molestamos siquiera? ¿Qué sentido tiene nada de todo esto?- murmuró. Skinner no respondió, sólo la condujo al otro lado de la calle, de regreso a la casa en que se alojaban.

Scully no estaba segura de cuánto tiempo hacía desde la última vez que había estado allí, pero cuando llegó a su dormitorio, encontró marchitos pétalos anaranjados en el suelo, y los lúgubres, desnudos restos de sus rosas, en su improvisado jarrón. Se sentó en el colchón y se quedó mirando fijamente hacia la nada, demasiado exhausta incluso para llorar.

Cuando despertó ya estaba bien entrada la tarde, y pudo oír el sonido de los camiones moviéndose en el exterior del edificio. Se levantó, sintiéndose rígida, y salió al aire tórrido y punzante de afuera. Skinner

estaba ocupado asegurándose de que cargaban en los camiones todo el equipo inventariado. Los materiales eran demasiado escasos como para dejar nada atrás. Le tendió a Scully una hoja de papel.

- Los resultados de la misión- murmuró, regresando a su trabajo. Aletargada, ella lo cogió y lo leyó, pero las palabras se desdibujaban ante su vista. Las cifras iban a peor: el 93% de la población local había contraído la enfermedad, de los cuales un 83% había muerto. El 5% había sobrevivido gracias a la resistencia de su propio sistema inmunológico, y un 12% lo había hecho como resultado directo del tratamiento que Scully había desarrollado. Arrugó el papel, haciendo una bola con él en su puño.

- ¡Para qué demonios sirve!- le gritó a Skinner, arrojándole la bola de papel.- Las posibilidades de supervivencia no hacen más que empeorar. Sería lo mismo que nos limitáramos a intentar hacerles sentir más cómodos en vez de intentar curarles.

- No acepto que digas eso- le respondió Skinner imperativamente.- Aquí hay gente que está viva gracias a ti y tu trabajo.

- No es suficiente. Nunca es suficiente. ¡Es inútil, joder!- gritó ella.- ¿No te das cuenta? Oh, Dios, ¿por qué lo hacemos? ¿Por qué?- Notó que la cegaban lágrimas de rabia, y él dio un paso hacia delante para consolarla, pero lo único que ella sentía hacia él, en ese momento, era odio. Le odiaba por estar allí, por hacerla seguir adelante cuando estaba más que harta de todo aquello. Skinner puso sus manos con gentileza sobre los hombros de ella, pero Scully le apartó furiosamente y le abofeteó, una y otra vez, haciendo correr un hilo de sangre por la barbilla del hombre cuando sus uñas arañaron la piel.

- Scully. Dana.- Él trató de abrazarla de nuevo, y entonces ella comenzó a golpearle el pecho con los puños, una y otra vez, deseando sólo hacer sufrir a alguien tanto como ella sufría, necesitando esa liberación. Él soportó la ira de la mujer durante largos minutos, sin hacer el menor movimiento por detener aquel ataque. Al fin, Scully se quedó sin energía, y se echó hacia atrás respirando pesadamente.

- Me marchó. No voy a ir contigo. Vete. ¡Vete de una vez!- chilló, y luego se volvió y salió corriendo a ciegas, con los ojos llenos de lágrimas. No quería que precisamente él, de entre todo el mundo, la viera llorar.

Corrió y corrió, y de pronto se paró y se derrumbó en el suelo allí mismo, dejando que las lágrimas se deslizaran por su rostro. Lloró por aquella niña que había visto en los brazos de Jonathan Farley, por su propia madre, a la que también había perdido, y por sus hermanos, de los que no sabía nada desde que aquella pesadilla comenzara. Lloró por Mulder, y por aquel hombre alto, sólido y de rostro sombrío en quien acababa de volcar todas sus frustraciones para luego abandonarle allí junto al camión. Pero sobre todo lloró por ella misma, por lo que había perdido, por lo que había visto, y por aquello en lo que se había convertido, y no paró hasta que quedó completamente agotada. Luego se quedó sentada, despojada de toda energía, con la vista prendida en la distancia. Permaneció allí durante horas, y podría haber seguido así varios días de no ser porque al caer la noche, el frío se instaló en sus huesos y su propia incomodidad la incitó a actuar. Se puso en pie y emprendió con desgana el camino hacia las afueras del pueblo, donde estaban los camiones.

No estaba muy segura de lo que encontraría. Dios sabía que Skinner debería haberse marchado dejándola allí. Nada de aquello era culpa suya, y no era justo que ella se hubiera desahogado con él. Merecía que la abandonaran. Se le cortó la respiración cuando, al acercarse, vio que todos los camiones se habían ido.

Todos menos uno. Y sentado junto a él, envuelto en una manta, esperándola, estaba Skinner.

La mujer caminó hasta él, y Skinner se puso de pie. Ella se quedó mirando inexpresivamente la oscura y roja línea de sangre que se dibujaba en su mandíbula, y luego abrió la puerta del camión y subió. Él rodeó la cabina hasta la otra puerta para subir a su vez, arrancó el motor, y emprendió el largo camino hacia casa.

Scully cerró los ojos y descansó la cabeza sobre la ventana. Sabía que debería disculparse, pero no lograba encontrar las palabras para romper el silencio que se había instalado entre ellos, y él condujo sin dirigir más que una ojeada hacia ella.

- Tomamos muestras de los supervivientes y de las personas que se habían mostrado inmunes. Algún día habremos reunido suficientes datos para encontrar un nexo en común...- dijo Skinner al fin, una hora más tarde.

- Como sea- respondió ella en dirección a la ventanilla, frunciendo el ceño.

- Cuando regresemos a la base, podremos analizar lo que nos hemos traído, compararlo con nuestra base de datos, y...

- ¡Ya lo sé!- espetó ella- Conozco el maldito procedimiento.

- Estás cansada. Duerme un poco- le soltó él en respuesta, comenzando a perder la paciencia.

- ¿Eso es otra puta orden, señor?- gruñó ella.

- ¡Sí, es otra puta orden! ¡Duérmete de una puta vez!- bramó él- ¡Y procura despertar de mejor humor, joder!

Scully le miró con fiereza, pero él la ignoró, y al final ella cerró los ojos y permitió que el sueño la reclamase.

No estaba segura de lo que había ocurrido. Oyó un golpe, el camión se detuvo con un chirrido de frenos, y lo que supo a continuación fue que había gente pululando por todas partes.

- Qué... qué...- comenzó, dirigiendo su mano hacia el rifle que yacía en el suelo de la cabina del camión, a sus pies.

- ¡Oh, mierda, Scully!- Las palabras de Skinner se interrumpieron cuando alguien le agarró y lo empujaron entre todos fuera del camión.

- ¡No!- gritó ella, levantando el arma, pero alguien se la arrancó de las manos. Se echó hacia atrás en el asiento, jadeante, y a oscuras en la atmósfera gris del amanecer, vio a Skinner soltarse violentamente de las manos de sus captores y lanzarse hacia ella.

- ¡Arranca!- le gritó.- ¡Sal de aquí!

- ¡Sin ti no!- respondió ella gritando a su vez, y entonces ya fue demasiado tarde, alguien le estaba apuntando a la cabeza con un arma. Sintiendo como si el tiempo se hubiese detenido, Scully contempló cómo uno de sus asaltantes, un joven de ojos salvajes, golpeaba a Skinner en la mandíbula con la culata de su rifle. Se oyó un golpe seco y su cabeza se echó hacia atrás, y Scully le vio caer inconsciente sobre el suelo polvoriento.

- ¡¡No!!- sin pensarlo siquiera, se desasíó de la presa de su captor y cayó al suelo junto a Skinner. Goteaba sangre por su rostro, y estaba completamente quieto. Intentó alargar la mano hasta su cuello para comprobar si tenía pulso, pero alguien la apartó de un tirón.- ¡Suéltense, suéltense...!- Scully se defendió a patadas y mordiscos, pero eran demasiados, y pronto la dominaron y la arrojaron de nuevo al interior del camión.

- Él no es más que el conductor- decía alguien.- Ella es la doctora, es a quien queremos.

- ¿Qué hacemos con él?- preguntó otra voz, y un hombre le dio la vuelta a Skinner con el pie.

- Dejarle- fue la cortante respuesta, y entonces Scully se encontró rodeada por seis hombres armados. Tres de ellos subieron a la parte trasera del camión, mientras los otros se apretujaron junto a ella en la cabina.

- ¿Qué están haciendo? No pueden...- Scully miró a su alrededor, aterrorizada.- No pueden abandonarle, o morirá. ¡Estamos en medio de ninguna parte, por amor de Dios!- protestó cuando un hombre arrancó el camión y emprendió la marcha.

- Es duro- gruñó el conductor.

- ¿Adónde me llevan?- inquirió.- ¿Por qué demonios hacen esto?

- Porque necesitamos un médico. Nos estamos muriendo- contestó suavemente el hombre que estaba sentado junto a ella.- Y usted puede ayudarnos. Oímos lo que hicieron en Carolina Springs.

- No hicimos nada. ¿Es que no vio la cantidad de gente que enterramos allí?

- Usted es médico. Puede salvarnos- repitió el hombre obstinadamente.

- ¡Esa no es razón para matar a mi amigo! ¿Por qué diablos creen que querría ayudarles cuando ustedes le han matado?- Scully inclinó la cabeza para mirar por el retrovisor. Skinner era sólo un pequeño punto tendido sobre el polvo, abandonado muy lejos tras ellos, y todavía inmóvil.

- Nos ayudará o la mataremos. Es tan simple como eso- dijo el conductor encogiéndose de hombros.- Mire, lo lamento, pero estamos desesperados. Haríamos cualquier cosa.

- No me importa. Pare el maldito camión. ¡Dé la vuelta!- gritó ella.- ¡No iré a ninguna parte sin él!- Alargó la mano, en un intento desesperado de coger la radio, pero ni siquiera logró acercarse antes de que el hombre junto a ella hiciera oscilar su rifle sobre el equipo, haciéndolo estallar en mil pedazos. Scully lanzó un grito de rabia y se lanzó sobre él. Uno de los hombres miró hacia el conductor, y éste asintió. Scully sintió que le colocaban sobre la cara algo áspero y de fuerte olor, y respiró profundamente tratando de utilizar sus fuerzas para resistir, pero de pronto todo se volvió negro.

Cuando Scully despertó se encontró en una cama cálida y confortable. Se movió, murmurando incoherentemente, con dolor de cabeza, y de pronto se incorporó de un impulso. Había una mujer de pie junto a la puerta, con un rifle en las manos. Era de mediana edad, su cabello castaño oscuro estaba veteado de gris, y su rostro reflejaba una aguda inquietud y un dolor profundo.

- ¿Quién...?- Scully lo recordó todo de golpe, y con un gemido se apartó el pelo de la cara.- Oh, mierda- murmuró.

- ¿Le hicieron daño?- la mujer se acercó y le tendió un vaso de agua.- Les dije que tuvieran cuidado. Es usted muy valiosa para nosotros.

- No soy una clase de mercancía- le espetó Scully, bebiendo el agua a grandes sorbos- y no voy a ayudarles. Su gente mató a mi amigo.

- Lo lamento, pero nos ayudará- afirmó la mujer implacablemente. Agarró a Scully por el brazo y la arrastró hacia el pasillo, haciéndole bajar un tramo de escaleras hasta el amplio salón de una granja. Scully se detuvo y miró a su alrededor, espantada. La sala estaba llena de cuerpos, tanto enfermos como muertos.

- La mayor parte de ellos son familia para mí, de un modo u otro, así que como verá estoy bastante desesperada- le dijo la mujer, señalando la escena con el rifle.

- Todos hemos perdido a alguien. No es usted diferente- replicó Scully.

- Hemos permanecido aquí, solos, lejos de toda la enfermedad y muerte que usted y todos los ateos de su calaña han atraído sobre el mundo- siseó la mujer.- Nos quedamos aquí apartados, y rogamos al Buen Señor que nos salvara, pero no pudimos escapar a la peste. A pesar de vivir trabajando duramente y en temor de Dios, hemos sucumbido a esta plaga infernal. Ahora no pienso quedarme sentada viendo a mi gente morir. Usted nos ayudará, o que Dios me ayude, juro que la mataré.

- Les ayudaré, pero sólo si van a buscar a mi amigo. Hasta que le traigan aquí, no moveré un maldito dedo.- Scully permaneció en pie, con los brazos cruzados sobre el pecho. Su oponente la miró a los ojos largo rato, y se enfrentaron durante lo que pareció un eón, hasta que la mujer asintió con la cabeza, cortante.

- Póngase a trabajar, y veremos lo que podemos hacer por su amigo- replicó. Scully lo pensó un momento, y luego asintió. Parecía que era el mejor trato que iba a poder conseguir.

- Necesitaré el equipo que hay en la parte de atrás del camión- dijo, encaminándose hacia la puerta. Un hombre joven, que estaba de guardia allí, le bloqueó el camino y la apuntó con su arma. Scully la apartó irritada, y él miró por encima de su hombro esperando instrucciones. La mujer asintió, y el joven se apartó y dejó pasar a Scully.

Caminó, fatigada, hasta donde estaba aparcado el camión. Parecía que estaba en una granja de buen tamaño. Había varios edificios y dependencias, y ya podía percibir el inconfundible olor de los cuerpos enfermos y moribundos. Espantó a una mosca que rondaba junto a su rostro y subió a la trasera del camión. Al extender las manos para coger un paquete de material médico, vio que tenía sangre en ellas.

La sangre de Skinner. Incluyó la cabeza y divisó la bolsa de Skinner, tirada en el suelo del camión, abandonada. Igual que él. Abandonado para morir en el barro, bajo el calor del sol, y lo último que ella había hecho había sido gritarle. Si estaba muerto, jamás tendría la oportunidad de decirle que lo sentía, que no había querido hacerlo.

Abrió la pequeña bolsa con manos temblorosas. Dentro había una muda de ropa y una pastilla de jabón. Sus dedos tocaron algo duro y sólido, y Scully extrajo el mando electrónico que Skinner siempre llevaba con él a todas partes. Krycek lo había dispuesto para que se lo entregaran justo antes de que se desatara la enfermedad, tal vez sabiendo que todo había terminado. Aún recordaba la expresión de incredulidad que se dibujó en su rostro cuando abrió el paquete y encontró el pequeño, bruñido y letal aparato. Ella había analizado los datos que contenía, pero no había tenido tiempo de llegar a ninguna conclusión, ya que la ciudad entera había sido barrida por el primer ataque de la plaga unos días más tarde.

Scully introdujo los dedos más profundamente en la bolsa y sacó un par de gafas de repuesto, envueltas en un paño. Acarició con ternura la frágil combinación de metal y cristal, luchando contra el nudo que se había formado en su garganta. Aquellas escasas pertenencias le parecían algo muy profundo, una parte esencial del hombre que había llegado a conocer tan bien.

Cogió el jersey de Skinner y lo sostuvo en sus manos manchadas de sangre, luego lo acercó a su rostro y aspiró la fragancia que emitía. Su fragancia. La abrumó una oleada de desesperación. No podía hacer esto sin él, sin su presencia sólida y reconfortante para sostenerla. No podía seguir si él estaba muerto; le daba igual morirle ella también. Se dio cuenta de que él había sido lo único que había logrado mantenerla durante los meses anteriores, y ahora él había desaparecido. La visión de Skinner tendido en la arena, sangrando, volvió a acudir a su mente, y Scully se precipitó hacia la parte de atrás del camión, vomitando sobre la tierra ardiente.

Cuando terminó, se limpió la boca con el dorso de la mano, se ató firmemente a la cintura el jersey de Skinner a pesar del calor, cogió los materiales que necesitaba, y caminó despacio, fatigada, de vuelta hacia la casa.

La mujer al mando se llamaba Valerie. La enorme granja no era tanto una casa familiar, sino más bien una comuna, por lo que Scully podía ver. Algunos de sus habitantes estaban emparentados pero muchos de ellos no, y todos parecían pertenecer a alguna extraña secta religiosa. El cerebro de Scully estaba demasiado cansado para asimilar más información que esa. Preparó su equipo médico, encargó a Valerie que llevaran a los pacientes más afectados a una sala accesoria, donde les dejarían morir en paz, y luego se concentró en los que aún tenían una posibilidad.

Inmediatamente, a Scully le resultó evidente una cosa: aquella no era la misma cepa del virus que habían encontrado en Carolina Springs. La ironía de la situación era que si aquella pequeña y desesperada comunidad hubiera requerido su ayuda y hubieran traído a Skinner con ellos, indudablemente él habría hecho venir al equipo de crisis al completo, con todo el material, y estas personas habrían tenido el beneficio de algo más que tan sólo una agotada y triste doctora.

Scully perdió un tiempo precioso en convertir en enfermeros y ayudantes a los que aún se mantenían en pie, enseñándoles cómo extraer sangre y cómo administrar los medicamentos. Esta mutación provocaba síntomas que nunca había visto antes, incluida una aguda septicemia que actuaba tan rápido que personas que habían estado vivas y sanas al principio del día, estaban muertas a la puesta de sol. La mayoría de sus pacientes atravesaban estados de la enfermedad reconocidos que ya había visto antes, y cada uno solía durar un promedio de tres días antes de morir, pero la gravedad de los síntomas y el hecho de que no respondiesen a ninguna de sus medicinas señalaban esta mutación como más peligrosa

que ninguna de las que había visto anteriormente.

Scully trabajaba sin parar todo el día, y después se sentaba a comer un cuenco de caldo que alguien le ponía delante, sin apenas saborearlo. Valerie se sentaba frente a ella, con su austero rostro volviéndose más y más arrugado a cada segundo que pasaba.

- ¿Qué hay de mi amigo?- preguntó Scully, medio atontada por el cansancio.- ¿Dónde está?

- ¿Cree que tengo gente de sobra para enviarles en busca de un solo hombre, cuando aquí están muriendo tantos y necesitan cuidados?- replicó Valerie.

- ¡Lo prometió!- explotó Scully poniéndose de pie, furiosa.

- Dije lo que tenía que decir para conseguir lo que necesitamos- contestó Valerie, con un tono de puro acero.

- ¡Maldita zorra!- Scully vio una repentina imagen mental de Skinner tendido en el barro, bajo el ardiente sol, muriendo lentamente. Él merecía mucho más que eso, después de todo lo que había hecho.- Puta estúpida. ¿No sabe quién es? Esto no se trata sólo de ustedes, le concierne al mundo entero, y él es el único que está haciendo algo, cualquier cosa- su voz subió una octava- por salvarnos.

- Está muerto- dijo Valerie sin emoción alguna.- Nadie puede sobrevivir ahí fuera con este calor. No tenía sentido enviar a alguien a recoger un cadáver.

- Que Dios les perdone entonces, porque tan cierto como que hay un infierno, yo no lo haré.- Scully habló en un tono bajo que estaba más allá de la rabia, incluso más allá del dolor.

- Lamento lo de su amigo, pero necesitábamos ayuda- Valerie se encogió de hombros.

- Y las necesidades de unos pocos pesan más que las necesidades de muchos, ¿no es así?- gruñó Scully.

- Cuando son los míos, entonces sí- replicó Valerie bruscamente.- Ahora vuelva al trabajo.

- ¿O qué? Acaba de perder lo que tenía para negociar.

- Usted es médico, y no va a ir a ninguna parte. Curar es lo que usted hace, y adivino que eso es lo que va a hacer. Mi gente no tiene por qué sufrir a causa de las peleas entre usted y yo, ¿no es así?- la expresión de Valerie era dura como el acero. Scully volvió la vista hacia la otra habitación, llena de enfermos y moribundos.

- Se equivoca. Me importan un bledo todos ellos- espetó.- Y tampoco me importa lo que me pase a mí. Máteme si quiere.

- Puede que no le importen ellos, pero sí que le preocupa eso, ¿no es cierto?- siseó Valerie.- Le importa lo que está dentro de ellos, la he visto trabajar. Es algo personal, ¿no? Sólo usted y esta enfermedad. Quiere derrotarla o morir en la batalla. No puede limitarse a dejarla ganar, ¿verdad?

Scully nunca había aborrecido a nadie tanto como a aquella mujer en ese momento, mientras Valerie le arrojaba la verdad a la cara. Se puso en pie, con los puños apretados, odiando esa verdad, y luego, en silencio, se giró sobre sus talones y volvió al trabajo.

Al final del tercer día, Scully se dio cuenta de que todo el que contraía esta variedad de la enfermedad moría por su causa. No había supervivientes. Aquí no existía ese 5% que combatía la infección y sobrevivía, menos aún nadie que respondiera al tratamiento. No tenía nada con que justificar su presencia, y Valerie se mostraba cada vez más confusa, viendo a su gente morir. Un joven alto y delgado llamado Chris, a quien Scully había identificado como uno de los hijos de Valerie, además de ser el que había atacado a Skinner, comenzó a ponerse tenso, susurrando acerca de su fracaso, y diciéndole a Valerie que le negara comida y descanso hasta que obtuviese resultados. Valerie sacudió la cabeza, demasiado cansada para discutir con él, pero sin estar dispuesta a darle la razón tampoco.

Scully comenzó a sentirse cada vez más vulnerable a ese entorno hostil. Su fracaso empezaba a parecer deliberado, pero no lo era. Necesitaba su microscopio. Sabía que si podía simplemente echar un vistazo de cerca a esta mutación, obtendría las respuestas que le hacían falta, pero todo el equipo de investigación había sido cargado en otro camión, y tan sólo disponía de instrumental médico básico.

Se preguntó si alguien les estaría buscando. No creía que nada pudiera alterar la calma de Julia, pero tenían que estar preguntándose dónde estaban. Tal vez, incluso habían encontrado ya el cuerpo de Skinner. Scully no quería pensar en eso. Se desató el jersey de la cintura e inhaló profundamente su esencia.

- Te necesito- susurró, sintiéndose de pronto insoportablemente sola, atrapada allí con aquellos extraños cada vez más desesperados. Recordó las muchas formas en que él había hecho su vida más fácil, los pequeños detalles, cómo insistía para que comiese y durmiese, las cuatro rosas anaranjadas que había encontrado para ella.- Lo siento- dijo.- Siento no haber tenido la oportunidad de despedirme, o de decirte lo buen amigo que has sido.

Valerie murió al día siguiente. Se encontraba en plena forma cuando Scully despertó de una breve siesta de dos horas, después desarrolló septicemia y estaba muerta en cuestión de horas. Chris echó la cabeza hacia atrás y aulló de dolor cuando falleció, y luego salió y desapareció varias horas. Cuando regresó, había en sus ojos una mirada de enloquecida pena que asustó a Scully. El salón estaba en penumbra, iluminado tan sólo por las escasas velas que quedaban en la comunidad. Las condiciones de vida eran tan primitivas que a Scully no le sorprendía que muriesen tantos. Al menos el equipo de crisis llevaba su propio generador, de modo que podían tener energía eléctrica allí donde fuesen. Pero aquí no había nada. Era como vivir en la antigüedad.

Chris miró a su alrededor, a los muertos, y luego volvió la vista hacia Scully, con una expresión asesina en su rostro.- Puta. Tú la mataste-dijo, sacando un cuchillo de su bolsillo. La habitación quedó en silencio.

- Chris, no, no ha sido culpa suya- protestó una mujer débilmente.

- Sí lo fue. No ha hecho ni un maldito esfuerzo por salvar a nadie desde que llegó aquí. En Carolina

Springs le dio a la gente una cura, y sobrevivieron. ¡Aquí no está sobreviviendo nadie! Todos mueren.

- Eso es porque se trata de una cepa distinta del virus. No tengo equipamiento suficiente para tratarla- dijo Scully con calma, poniéndose de pie y tratando de estirar su rígida espalda.

- Zorra mentirosa. ¡Les estás matando en venganza por tu amigo muerto!- replicó Chris, y se movió hacia ella blandiendo el cuchillo. Las pocas personas que aún se mantenían en pie permanecieron muy callados, observando, y Scully se dio cuenta de que ninguno de ellos iba a mover un dedo para ayudarla. Quizás algunos de ellos incluso estaban de acuerdo con Chris.

- Adelante entonces. Márame- gruñó de pronto.- Ya no me importa. No puedo ayudarlos. Soy inútil. Nunca he servido para nada en todo esto- separó las manos en un gesto de derrota. Chris avanzó hacia ella, claramente fuera de sí de dolor. Scully cerró los ojos y esperó, deseando escapar por fin de aquella pesadilla viviente.

- ¡Putá!- susurró Chris. Estaba tan cerca que ella podía percibir su aliento, y entonces sintió el frío del acero contra su garganta.

- Hazlo- dijo Scully, abriendo los ojos y mirando de frente a sus desencajados rasgos. Su rostro se arrugó en una horrenda máscara de odio, y Scully sintió un dolor punzante en el cuello. Entonces se oyó un estampido ensordecedor, y luego el silencio. Scully se quedó allí, temblando, incapaz de determinar qué había pasado en la oscuridad de la habitación. Pudo sentir la sangre que resbalaba por su garganta, cálida y espesa, y entonces alguien la estaba abrazando con fuerza. Supo quién era por la sensación de aquellos duros y conocidos brazos bajo sus dedos, antes incluso de que sus ojos pudieran enfocarle.

- Creí que habías muerto- jadeó ella cuando pudo hablar.

- A ti te ha faltado poco- respondió él, sujetándola firmemente, manteniéndola de pie cuando creyó que sus rodillas no la sostendrían.

Scully bajó la vista hacia el cadáver de Chris y se dio cuenta de que estaba cubierta con su sangre. Skinner mantenía su arma dispuesta, esperando a que alguien le desafiara, pero aquella afligida gente estaba resignada a tener una pérdida más, y se giraron silenciosamente para atender a sus seres queridos. El aletargamiento que les había impedido acudir en ayuda de Scully evitaba asimismo que intentaran entrar en combate con un Skinner armado y altamente peligroso.

- Venga. Nos vamos- Skinner la tomó del brazo, y ella le siguió a ciegas hasta el camión. Montaron en él, y salieron de la comuna a toda velocidad.

Scully le miró mientras él conducía. Su cabeza estaba enrojecida y llena de ampollas por las quemaduras del sol, y además tenía un enorme hematoma en un lado de la mandíbula, pero aparte de eso no parecía herido.

- ¿Qué te pasó?- le preguntó.- Ella me dijo que habías muerto. Dijo que estabas muerto.- Comenzó a temblar incontrolablemente.

- Por poco- respondió él ásperamente.- Me las arreglé para arrastrarme hasta una granja vacía, y me escondí allí hasta que pude caminar como es debido. Había agua embotellada, comida... y cadáveres.- Volvió la vista hacia Scully y ella asintió, con los dientes castañeteándole.- Cuando estuve lo bastante bien, seguí el rastro del camión hasta aquí. Parece que llegué justo a tiempo.

- S...sí- consiguió decir ella.- Creí que habías muerto- repitió, todavía en estado de shock.- Lo siento, lo siento, quería decirte que lo siento.

- ¿Por qué?- preguntó él, sorprendido.

- Por gritarte y pegarte, y comportarme como una arpía- balbuceó.- Creí que estabas muerto, y lo último que hicimos fue discutir.

- Estabas cansada y disgustada. Yo debería haber sido más paciente. También dije unas cuantas cosas que no debía- se encogió de hombros.- Y de todas formas, no estoy muerto, así que no importa, ¿no es así?- añadió, sonriéndole en la oscuridad. Sus dientes brillaban, blancos, y Scully sintió una repentina oleada del más profundo alivio, como despertar de una pesadilla y comprobar que no ha sido real.

- Gracias a Dios- se le llenaron los ojos de lágrimas y pestañeó para sacudírselas.

- ¡Para!- gritó Scully de repente. Skinner hundió el pie en el freno y la miró, sorprendido.

- ¿Qué?

- Tenemos que volver- le dijo ella.

- ¿Volver allí? ¿A esos bastardos que trataron de matarte?- elevó una ceja con incredulidad.

- Lo sé, pero tenemos que hacerlo. Tienen una cepa del virus que nunca había visto. Necesitamos tomar muestras, y enviar los resultados al laboratorio de Washington.

- No. Lo que necesitamos es volver a algún lugar seguro- Skinner arrancó de nuevo el camión.

- No lo entiendes- dijo ella suavemente.- Creo que es ésta. Es la que tememos.

Él volvió a pisar el freno y la miró fijamente en la oscuridad- ¿Estás segura?

- No, no lo estoy. No tenía mi equipo, pero no se estaban dando las tasas normales de mortalidad. Sé que son una muestra pequeña, pero la enfermedad se está extendiendo como un fuego incontrolado, y es una mutación particularmente virulenta. Tenemos que volver y ayudarles.

- Esa gente te secuestró, te pusieron un cuchillo en la garganta- sus dedos encontraron la herida reciente en la garganta de ella, y le limpió la sangre coagulada.

- Estaban enfermos, y desesperados, y... si la enfermedad sigue su curso, ninguno de ellos va a vivir para lamentar lo que han hecho, de todos modos- dijo ella tristemente. Skinner lo pensó un momento, luego asintió y dio la vuelta al camión.

Nadie pareció sorprenderse, y menos aún interesarse cuando regresaron. Valerie había sido el corazón de aquella comunidad, y sin ella estaban sin guía, aturridos por la devastación que la salvaje enfermedad había traído sobre ellos. Skinner mantuvo su pistola claramente a la vista, y no se movió del lado de Scully mientras trabajaban, tomando muestras a la desesperada, probando frenéticamente nuevas combinaciones de los medicamentos que tenían con ellos, pero ninguna funcionó. Para entonces, Skinner ya era un enfermero consumado. Scully se maravilló de la cantidad de habilidades que todos

ellos habían aprendido mientras le veía bañar a una de las enfermas, y más tarde sacar el cadáver de la misma mujer delante de la puerta principal, para añadirlo a la pila colocada en la improvisada pira que habían formado en el patio.

Transcurrió una semana, y de pronto un día miraron a su alrededor y se encontraron con que estaban solos entre los cadáveres que quedaban.

- Creo que tenías razón- murmuró Skinner, levantándose con gesto fatigado.- Ésta es.

- Sí- asintió ella ausente, sentándose en el primer peldaño de la escalera, con la vista fija en la nada.

- En cierto modo, nos hicieron un favor al secuestrarte- comentó él, caminando hacia donde ella estaba, girando el cuello mientras lo hacía.- Al menos, tenemos por dónde empezar. Esta cepa del virus ha muerto aquí. Puede que no se produzca una mutación igual en otra parte durante días, semanas, e incluso meses.

- Tal vez- Scully se encogió de hombros.- No lo sabemos.

- No, pero podemos llevar las muestras de vuelta al laboratorio y empezar a trabajar con ellas en seguida.

- Sí- ella se encogió de hombros otra vez, y se mordió el labio ante las protestas de su espalda.- Oh, Dios, lo que daría por un baño caliente- murmuró.

- Yo también. Pero sobre todo, lo que quiero es quedarme dormido cien años.

- ¿Y ser despertado por un beso de una gallarda princesa?

- Preferiría “bella”, pero aceptaré lo que me ofrezcan- bromeó él, levantándose y extendiendo las manos para auparla. Scully se puso de pie con un gemido, y se ayudaron mutuamente a subir las escaleras y llegar a uno de los dormitorios. Ambos cayeron sobre la cama y se quedaron dormidos en cuestión de segundos.

Scully despertó casi un día después, con el olor del agua caliente. Parpadeó. Por la posición del sol, juzgó que sería media tarde. Balanceó las piernas sobre el lado de la cama, y dejó escapar un gáñido a causa del dolor en su rígida espalda. Luego caminó por el pasillo y se detuvo en el cuarto de baño. La bañera estaba llena de agua caliente y humeante. Skinner levantó la vista del enorme caldero con que se afanaba en llenarla.

- He calentado agua en el fuego- explicó.

- ¡Dios mío! ¿Cuántos viajes has tenido que hacer para traerla aquí?- exclamó ella.

- Unos cuantos. Aun así, lo necesitamos- sonrió.- Entra tú primero. Yo utilizaré la que tú dejes. No pienso acarrear más agua por esas escaleras.

- ¿Podríamos compartirla?- sugirió Scully.

- En otro lugar y otro momento, esa oferta habría sido mucho más atractiva- gruñó él, con un sardónico destello de diversión en sus ojos.

- Lo sé.- El tono de ella era nostálgico.- Pero lo digo en serio. Así, ambos tendríamos al menos un poco de agua limpia, y teniendo en cuenta cómo te has esforzado para llenar la bañera, creo que es lo más justo.

- No. Te dejaré que tengas intimidad- sonrió Skinner, caminando hacia la puerta. Ella asintió, y comenzó a desabrocharse la camisa.

- Ay- murmuró.

- ¿Qué ocurre?

- Mi espalda.

Scully sintió los dedos de él tanteando suavemente la delicada zona, y volvió a gemir.

- Está inflamada. Necesitas un buen masaje. Métete en la bañera para calentar los músculos, y luego veré qué puedo hacer.

Skinner se marchó, y Scully se desnudó y se introdujo en la bañera con un suspiro contenido. ¡Se sentía tan increíblemente bien! No podía recordar la última vez que se había dado un baño caliente completo, y se preguntó cuántos viajes había necesitado Skinner para llenarlo. Por lo general se lavaban superficialmente, pero sumergirse por entero en agua caliente era como el cielo. Bajó la vista hacia su cuerpo, viendo cómo la suciedad se desprendía gradualmente de su piel, y volvió a cerrar los ojos, absolutamente exhausta por el continuo estrés de las últimas semanas.

- Dana.

Se despertó con un sobresalto y encontró a Skinner a su lado.

- Lo siento. Te habías quedado dormida en la bañera, y no me gustaba la idea de dejarte. He encontrado un poco de gel.

Se lo tendió, y ella lo tomó, agradecida, sin tan siquiera sentirse avergonzada por su desnudez. De algún modo, después de todo lo que habían pasado juntos, Scully estaba más allá de preocuparse por algo tan mundano. Él se giró para marcharse.

- ¿Podrías enjabonarme la espalda?- le pidió ella.- Yo no llego, y me gustaría estar realmente limpia.

- Claro.

Se arrodilló junto a ella, y echó un poco del gel verde en sus grandes manos, juntándolas para hacer espuma. Scully le contempló, fascinada por esa acción tan simple. Se levantó el pelo mientras él frotaba suavemente su piel con la cremosa espuma, y no pudo contener un suspiro de alegría. Oyó cómo Skinner se reía al oírla.

- Me hace sentir tan bien...- murmuró ella.

- Lo sé. Es simplemente el hecho de tomarse un descanso de... todo esto- respondió.- Ya está.- Skinner cogió una taza y vertió agua sobre su espalda, luego le hizo retirar las manos de su cabeza y también le echó un poco sobre el cabello.

Scully no podía recordar cuándo fue la última vez que se había lavado el pelo a conciencia, y el agua caliente resbalando por su cabeza y sus hombros le hacía sentir maravillosamente bien. Inclino la cabeza hacia atrás, y él aplicó un poco de gel sobre su pelo, masajeándola con largos movimientos de sus firmes dedos. Scully suspiró, saboreando el momento, y deseando que durase para siempre.

- Has equivocado tu vocación. Habrías sido un peluquero maravilloso- susurró.

- Mmm, puedo decir honestamente que nadie me había dicho ese cumplido antes- respondió él con una sonora carcajada.

Permanecieron un rato en silencio, mientras los dedos de él trabajaban sobre el cuero cabelludo de Scully, deslizándose después hacia su espalda. Sus grandes manos cubrieron fácilmente los esbeltos hombros de la mujer al masajear sus rígidos músculos, relajándolos y suavizándolos hasta que ella se sintió cien veces mejor. Cuando él se detuvo, ella deseó agarrarle las manos y volver a colocarlas donde habían estado. Skinner cogió la taza y comenzó a verter agua sobre su cabeza, enjuagando la cremosa espuma hasta que su pelo estuvo tan limpio que chirrió cuando él deslizó sus dedos por encima. Entonces levantó un albornoz de un alegre estampado y se lo tendió.

- Encontré esto- le dijo.

Ella le miró, sorprendida. El albornoz se veía limpio y tentador. Skinner lo sostuvo abierto, y Scully salió de la bañera y se envolvió en él. Era dos tallas más grande de la cuenta, pero le resultó maravilloso sentirse envuelta en algo fresco y reconfortante. Él le ató el cinturón como si fuese una niña, y ella se quedó quieta, canturreando suavemente para sí, permitiéndole que lo hiciera. Hacía tanto tiempo desde la última vez que se sintió especial o mimada, y además era demasiado agradable para rechazarlo. Cuando Skinner terminó, ella miró hacia el agua turbia de la bañera, y se cubrió la boca con una mano.

- Oh, lo siento. Está sucia- se disculpó.

- No importa. Hace un calor infernal afuera. Me lavaré allí con agua fría. Necesito hacer unas cuantas cosas antes, de todos modos.

- ¿Qué cosas?- Scully le miró, y él se encogió de hombros.

- Apilar los cadáveres para incinerarlos- murmuró.

- Por supuesto. Deja que me vista y te ayudaré.- Scully caminó hacia la puerta, y él la detuvo poniendo una mano sobre su brazo.

- No, puedo arreglármelas. Descansa. Has estado trabajando sin parar durante semanas. Estás agotada.

- Estoy bien- sonrió ella.

- Y de todos modos, casi he terminado. No tardaré. Hay comida en la cocina, ve a buscar algo de comer.

Diciendo esto, se giró sobre sus talones y salió. Scully suspiró. Esperaba que él no se dedicara a decirle lo que tenía que hacer todo el tiempo. A pesar de eso, lo cierto es que su estómago rugía, y se dio cuenta de que estaba hambrienta. Al bañarse, había encontrado muchos contornos en su propio cuerpo que no le eran familiares. Sus costillas destacaban mucho más de lo que recordaba, de modo que sabía que había perdido peso. Demasiado peso.

Caminó descalza por el piso de abajo y echó un vistazo hacia el salón, sorprendida por encontrarlo vacío de los últimos cadáveres. Skinner había estado trabajando duramente.

Se sentó a la mesa y devoró una lata de fruta, comiéndose luego una lata de jamón sin parar siquiera para respirar. Era un extraño festín, pero tampoco había mucho donde elegir. Entonces sintió un olor a quemado, y se encaminó hacia la puerta.

Skinner estaba en el patio, de pie junto a una enorme pira, con un palo de madera ardiendo en una mano. Scully le vio tirar el palo a la pira, y el montón de cadáveres comenzó a arder inmediatamente, de modo que supuso que los había rociado con gasolina. Skinner permaneció allí, contemplándoles arder, y entonces Scully vio cómo sus hombros se encorvaban y su cuerpo casi se doblaba sobre sí mismo. Rodeó su propio cuerpo con sus enormes brazos e inclinó la cabeza, y ella sintió que se le cortaba la respiración al darse cuenta de que su cuerpo entero se sacudía en silenciosos espasmos de angustia.

Scully se quedó quieta, preguntándose qué debía hacer. Sabía que él era demasiado orgulloso para mostrar sus sentimientos de aquella forma si hubiera sabido que ella estaba allí. Pero al mismo tiempo, no podía quedarse simplemente mirando y ver cómo él soportaba aquello solo. Se le hizo un nudo en la garganta. Había algo especialmente desgarrador en el hecho de que era Skinner quien estaba allí afuera, solo, finalmente aplastado por el peso de la tarea que se había impuesto a sí mismo. Siempre había parecido demasiado grande, demasiado fuerte, demasiado líder para doblegarse.

De pronto Scully se encontró corriendo hacia el patio. Él miró a su alrededor, alarmado y sorprendido, y ella le abrazó y le hizo reclinar la cabeza en su hombro. Skinner permaneció quieto un momento, y luego enterró el rostro en la bata de la mujer y la abrazó con fuerza, su cuerpo entero temblando. Scully le sostuvo largo rato, hasta que el fuego casi se había extinguido, y entonces se soltó dulcemente y le condujo de vuelta hacia la casa.

- Tú también necesitas descansar más- le dijo, guiándole por las escaleras hasta el dormitorio. Él la siguió a ciegas y se sentó junto a ella en la cama.- A veces es demasiado para mí, también.- Scully trató de hacer que él la mirase, pero Skinner mantuvo su rostro decididamente vuelto hacia otro lado.

- Estoy bien- el hombre se levantó y se asomó a la ventana.- Es sólo que tuve un momento... como de déjà vu. Me pregunté a cuántos muertos había enterrado, cuántos cadáveres he transportado, cuántos he quemado. Demasiados para contarlos, demasiados incluso para recordarlos. De repente me vino una imagen de un libro sobre el Holocausto nazi, en la que se veían las fosas comunes, y me sentí como si fuese un guardia de un campo de concentración.

- ¡Basta!- le reprendió ella, acercándose hasta situarse a su espalda.- Has hecho tanto... Esto no ha sido culpa tuya.

- Tal vez no, pero ¿alguna vez te has preguntado por qué?- volvió la cara para mirarla por primera vez, y sus oscuros ojos estaban llenos de una angustia tal que resultaba doloroso presenciarla.

- ¿Por qué?- repitió ella, aturdida.

- ¿Por qué nosotros?- preguntó él.- ¿Por qué sobrevivimos? A veces me pregunto si es que hay algo en mí, si la supervivencia es mi maldición. ¡Me ha pasado tantas veces! Yo debería haber muerto antes, Scully. En Vietnam fui el único que se salvó cuando todo mi pelotón fue aniquilado. Yo morí allí, y de algún modo, no sé cómo, volví a la vida. Estuve luchando con la culpa del superviviente durante mucho tiempo después de eso, y ahora todo vuelve a repetirse.

Scully le miró fijamente, preguntándose cómo podía conocer a aquel hombre tan bien y a la vez no conocerle en absoluto.

- Nunca antes me habías hablado de Vietnam- susurró.

- Ya lo sé. Nunca lo hago... a menos... a menos que haya una razón. Esto, sin embargo, es una carnicería mucho peor que nada de lo que vi entonces. A veces me pregunto “¿por qué yo?” ¿Por qué tengo que ser testigo de todo esto?

- Lo sé. Yo también.- Scully le rodeó con sus brazos de nuevo, y sus dedos le acariciaron suavemente la espalda, tratando de relajar los duros y tensos músculos.

- ¿Por qué sobrevivimos, Scully? Todos los que vivían aquí han muerto, y aun así a nosotros nos han perdonado la vida. ¿Por qué?

- Bueno, en mi caso siempre supuse que era por el chip que llevo en la nuca- le contó ella.- No sé cómo ni por qué, pero los que me secuestraron y experimentaron conmigo son los mismos que han liberado este virus. Tengo que creer que ambos hechos están relacionados de alguna manera.

- Sí, supongo que es así. Y yo...- dudó, y ella pudo sentir cómo sus músculos se tensaban de nuevo bajo sus dedos, que continuaban masajeándole suavemente.- Bien, supongo que siempre creí que o bien tenía suerte, o mi supervivencia estaba relacionada de algún modo con las nanomáquinas que Krycek implantó en mi sangre. No sé cómo ni por qué.

- Es posible.- Scully se encogió de hombros.

- Sé que hicimos análisis de sangre a todos los que se mostraban inmunes y no había ningún factor en común, así que tal vez, más que otra cosa, he tenido suerte.

- Quizá.- Scully le estrechó aún más en sus brazos, sintiendo el olor del fuego en la ropa de él.- Escúchame, no tienes nada de que avergonzarte, ni por lo que debas sentirte culpable. Todos tenemos estos momentos, momentos en los que simplemente tenemos que rendirnos y llorar, o golpear y gritar- dijo con una sonrisa de arrepentimiento.

- Lo sé- los dedos de él jugueteaban con el cabello húmedo de Scully.- Lo sé.

Ella se volvió, y sin saber por qué el rostro de él estaba demasiado cerca. Scully se movió hacia él y sus labios se encontraron. Fue un beso lento, tierno, y cuando se separaron él respiró una profunda bocanada de aire, como si ella le hubiese devuelto a la vida. Scully le condujo hacia la cama, sentándose, y él se arrodilló en el suelo frente a ella. Dulcemente, apartó los pliegues del albornoz con dedos inquisitivos, y sus labios rozaron el vientre de la mujer. Ella le rodeó con sus brazos, acercándole más hacia sí, y la bata se abrió por completo, revelando de nuevo sus blancos pechos. Skinner los acarició con reverencia,

tocando suavemente los pezones hasta que Scully gimió y le rodeó con las piernas, acercándole aún más hacia ella.

- Dana- su voz tenía un tono bajo y gutural, lleno de excitación, y ella elevó su rostro para besar sus labios de nuevo, tiernamente.- Oh, Dios- murmuró él cuando se separaron para respirar, y súbitamente se sintió galvanizado por la necesidad, rodeándola con sus grandes brazos, enterrando el rostro en el vientre desnudo de la mujer y frotando la nariz contra su cuerpo. Estaba en todas partes a la vez, en un frenesí de actividad, y ella permaneció tendida, deseosa y aquiescente, queriendo perderse en su abrazo, tener un breve respiro de la existencia de pesadilla en la que vivían. Entonces Skinner se detuvo. Scully bajó la vista hasta donde él estaba arrodillado, con los brazos aún envolviendo su cuerpo, su rostro todavía hundido en el abdomen de ella, como si nunca quisiera renunciar a tenerla abrazada.

- Walter- ella le acarició la mejilla con suaves y ligeros roces de sus dedos, y Skinner levantó la vista, sus ojos llenos de sorpresa y placer al oírla utilizar su nombre de pila.

- Lo siento. No puedo. No quiero que sea de esta forma- dijo.

- ¿Qué quieres decir?- Scully sintió una irracional oleada de rabia porque él hubiera interrumpido su acto de amor.

- Por lástima. Por consuelo. Los dos hemos visto gente que se lanzaba al sexo como vía de escape. Eso no es lo que quiero. No es...-dudó, y luego bajó la mirada.- No es lo que tú eres para mí.- Se levantó de pronto, y salió por la puerta andando a grandes zancadas, sin mirar atrás.

Scully se sentó en la cama, sintiendo que le faltaba el aire. Estaba tan enfadada con él que hubiera querido gritarle y golpearle con los puños tal como había hecho en Carolina Springs. ¿Qué es lo que quería de ella? ¿Un compromiso de matrimonio? ¿En aquel mundo de locos? ¿Por qué no podían simplemente buscar un poco de consuelo como todos los demás? ¿Por qué tenía que vivir en una especie de estúpido plano moral de existencia? ¿Y qué demonios quería decir con “lo que tú eres para mí”? Scully ni siquiera quería pensar en las implicaciones de aquella frase.

Bajó la vista hacia su propio cuerpo, limpio y blanco. Aún podía ver las huellas de sus manos manchadas de hollín, podía sentir las tiernas caricias de sus pulgares sobre sus pezones, y sintió deseos de echarse a llorar. Maldita sea, ella había querido sentir aquellas manos sobre su cuerpo, hacerle hundirse profundamente dentro de ella, perderse en el olvido del sexo... Scully dio un puñetazo sobre la cama. Sí, había querido utilizarle. Había tratado de usar a Skinner para recordarse a sí misma que era humana, tomarle como medio de escape, aunque fuese por poco tiempo. Él tenía razón, y Scully comprendió que no se había detenido porque no la deseara, sino porque corría el riesgo de estar utilizándola de la misma forma. Una parte de ella admiró su fuerza de voluntad, incluso a pesar de que otra parte todavía estaba resentida con él por su decisión.

Scully se levantó y se puso su ropa furiosamente, queriendo tan sólo salir de aquella maldita casa y volver al único sitio al que llamaba hogar en aquellos días. Se entretuvo en recogerse el todavía húmedo cabello en una cola de caballo, y luego bajó corriendo las escaleras hasta el salón. Guardó su equipo médico, salió para arrojarlo a la parte trasera del camión... y se paró en seco.

Skinner estaba de pie junto a un cubo de agua, desnudo hasta la cintura, lavándose. Sus músculos ondeaban bajo la tensa, dorada piel, bruñida con un suave bronceado por el sol que caía sobre su desprotegida cabeza. Scully sintió cómo se le escapaba el aire de los pulmones con un suspiro, y se sentó de un golpe en el porche. Él no la había visto, y se sintió como una voyeur mirándole derramar el

agua sobre su cabeza, haciendo que su cuerpo brillara al sol brumoso de media tarde. Skinner estaba algo más delgado de la cuenta, al igual que ella, pero su cuerpo parecía aún más definido que nunca, después de tantos meses de duro trabajo físico.

Terminó de lavarse y se volvió, y Scully se puso de pie sosteniendo su maletín médico, esperando que él no se diera cuenta de que le había estado observando.

- Ya he hecho el equipaje. Cuando estés listo, podemos ponernos en marcha- le dijo con aspereza. Él asintió con la misma sequedad, y ella caminó resueltamente hasta el camión, dejó caer el maletín en la parte de atrás, y se subió al asiento del conductor.

- Me toca conducir-afirmó mientras él subía a la cabina junto a ella un poco más tarde, oliendo a limpio y con la pequeña franja de cabello de su nuca aún húmeda por su improvisada ducha.

- Bien- respondió él, abrochándose la camisa. Scully apartó los ojos, metió la marcha con fuerza, y salieron hacia casa con un chirrido de neumáticos.

El hogar. Llegaron a Washington varias horas después, en mitad de la noche. La base no estaba en el centro de la ciudad, que había sido abandonado a las ratas y cucarachas que se alimentaban de los numerosos cadáveres, sino en una pequeña zona rural de las afueras.

Scully aceptó los cariñosos saludos de sus amigos, devolvió el sincero abrazo de Julia con uno propio, y luego siguió con dificultad a Skinner hasta la sala más grande de la base, donde iban a tener una reunión informativa. Scully presentó a su equipo los datos sobre la nueva mutación, y la habitación quedó en silencio. Skinner finalmente les reveló la verdad: que se estaban enfrentando a una mutación que posiblemente les destruiría a todos. Eran las noticias que no habían querido oír. Se llevaron las muestras y notas que Scully había tomado para estudiarlas y analizarlas.

- Debemos ver esto como un regalo- estaba diciendo Skinner, motivándoles para que actuaran, una fina capa de sudor perlando su amplia frente.- Hemos salido con ventaja en esta carrera, se nos ha dado una ocasión de estudiar esta mutación por adelantado. Porque volverá a surgir, de eso no tengo ninguna duda, pero al menos ahora es posible que cuando lo haga estemos preparados.

La gente intercambiaba miradas, sintiéndose inspirados por la confianza que mostraba. Scully no pudo evitar una amarga sonrisa. Sólo Skinner era capaz de lograr que la peor noticia del mundo sonara realmente como si fuera un don del cielo. No por primera vez, le impresionó comprobar lo buen líder que era. Siempre lo había sido, pero en esta situación había estado brillante. Se le daba muy bien inspirar a sus tropas, no dejarles ver la desesperación que ella misma había presenciado apenas dos días antes. Nada parecía demasiado difícil, ninguna dificultad era insuperable. Skinner irradiaba una especie de optimismo valiente y convencido que resultaba contagioso, y además mantenía a su equipo demasiado ocupado como para que tuvieran mucho tiempo para pensar, o para preocuparse.

Scully apenas le vio durante las veinticuatro horas siguientes, mientras supervisaba la primera fase de investigación sobre el virus mutado. Estaba ocupado encargándose de acelerar las entregas de materiales en su ausencia. Cuando se encontraron, había una especie de azorada tensión entre ellos que antes no existía. Scully sentía como si hubiera algo entre ellos que no hubiesen dicho o no hubiesen resuelto,

pero ninguno de los dos tenía ni tiempo ni ganas de hablar de ello. Adivinaba que él había dormido incluso menos que ella últimamente, porque su rostro estaba macilento y surcado de líneas de cansancio, y sus ojos estaban rodeados de oscuras sombras.

- ¿El informe de progresos?- preguntó él secamente, y ella le tendió los datos que hasta el momento había conseguido reunir. Skinner se movió incómodo en la silla, y se limpió el sudor de la frente. No tenía buen aspecto, y Scully recordó la conversación que habían mantenido acerca de por qué ninguno de ellos había contraído la enfermedad.

- Quiero tomarte otra muestra de sangre- soltó ella de pronto.

Él levantó la vista de lo que estaba leyendo, con el ceño fruncido.- ¿Por qué?

- Sólo es una corazonada. Algo... no estoy segura- caviló.- Quiero ver si la actividad de las nanomáquinas varía al exponerte a la enfermedad. Siempre que te hemos sacado una muestra de sangre, ha sido durante etapas tranquilas, aquí en la base. Me pregunto...

- ¿Sí?- Él se inclinó hacia delante ansiosamente.

- Dime, cada vez que descubrimos una nueva mutación, ¿te has sentido enfermo alguna vez?

Skinner se encogió de hombros.- A veces he tenido síntomas como de gripe durante un día o así, pero no siempre.

- Nunca dijiste nada.- No pudo evitar una nota de acusación en su voz.

- Simplemente supuse que sería el estrés, ya sabes, exceso de trabajo- contestó él, encrespándose un poco ante el tono de ella.- ¿Por qué?

- Bueno, ¿y si estabas infectado? Tal vez no siempre, pero con frecuencia. ¿Y si resulta que no eres inmune después de todo, sino que las nanomáquinas están programadas de algún modo para combatir la enfermedad?

- Quieres decir... que la contraigo, y entonces las nanomáquinas la destruyen antes de que pueda afectarme.

- Sí- asintió ella pensativamente.

- Supongo que es posible, pero incluso si es cierto, ¿de qué le serviría a los demás?

- No lo sé- suspiró Scully.- Pero aun así merece la pena investigar un poco más.

- De acuerdo- convino él.- Me pasaré por la enfermería más tarde, pero... si tu hipótesis es correcta, yo podría ser un portador. Si no soy inmune, puedo haber traído la enfermedad hasta aquí.- Se miraron, horrorizados y estupefactos, y luego ella se encogió de hombros.

- No lo sabemos. Sólo estamos especulando de momento.

- Supongo que sí- Skinner se pasó una mano fatigada por la frente.- Sabes...- comenzó- Mulder estuvo expuesto a una parte del virus en Tunguska. Es probable que él también sea inmune, igual que tú.

- Sí, pero hay otras formas de morir- le recordó ella con suavidad.- Como una buena y clásica bala en la cabeza.

- Desearías que él estuviese aquí ahora. En vez de mí- dijo Skinner, y no era una pregunta sino una afirmación.

Ella le miró fijamente.- No- respondió, sorprendida de que fuese verdad.- No, no es cierto. Mulder no podría haber hecho lo que has hecho tú. Es un hombre brillante, pero no es un líder. No le gusta trabajar con más gente, y no siempre es capaz de obtener lo mejor de cada uno. Él trabaja mejor solo, o con alguien en quien confíe, que rebata sus ideas. Tú eres la persona adecuada para esta situación.

- No estoy hablando de la situación. Estoy hablando de ti- dijo él, en un tono bajo y duro, y Scully supo que estaba enfadado consigo mismo por sacar el tema.

- No lo sé- respondió, poniéndose en pie.- No lo sé.- Se marchó de allí, preguntándose por qué acababa de mentirle.

Los resultados de las pruebas en la sangre de Skinner asustaron a Scully y la hicieron actuar de inmediato. No sólo el nivel de actividad de las nanomáquinas había aumentado hasta un asombroso 400%, sino que además había rastros de la última mutación del virus en sus células. Y lo que era peor, las nanomáquinas estaban perdiendo la batalla contra ella.

Scully salió corriendo a toda prisa hasta la oficina de Skinner. Entró en tromba, y encontró a Julia allí sentada.

-¿Dónde está Skinner? Necesito decirle algo importante- dijo con urgencia.

- Se ha ido.- Julia se puso de pie y cerró la puerta tras Scully, para que pudiesen hablar en privado.

- ¿Se ha ido? ¿Adónde?- repitió Scully, aturdida.

- No lo sé. Sólo me dijo que se marchaba. Me dio un curso intensivo sobre todo lo que tenía que hacer, y después se fue.

- ¡Maldito sea!- Scully echaba humo.- Se ha ido porque cree que puede ser portador de esta última mutación.

- Puede que sea peor que eso- dijo Julia suavemente.

- ¿Por qué?- a Scully se le cayó el corazón a los pies.

- No estaba bien- respondió Julia.

- ¿Síntomas?- requirió Scully.

- Fiebre, náuseas,... una erupción en el torso- Julia repitió la familiar letanía, sabiendo lo que significaría para Scully.

-¡No!- se dirigió medio corriendo hacia la puerta y la abrió, deteniéndose al darse cuenta de que no tenía ni idea de adónde podía haber ido él.

- Dana, se ha marchado para morir- dijo Julia suavemente.

- No, se pondrá bien, las nanomáquinas de su sangre...

- No podrían luchar contra esto. Era demasiado.

- ¡Eso él no lo sabe! Podría haberse quedado. Yo podría...

- Dana, se fue porque no quería infectarnos a ninguno de nosotros. Puede que ya sea demasiado tarde. Puede que ya haya traído aquí la enfermedad, pero una vez que lo supo, de ningún modo iba a quedarse. Ya lo sabes- le recordó Julia.

- ¡¡No!!- repitió Scully.- No puede morir, maldita sea. No voy a perderle otra vez. No puedo perderle otra vez- dijo, mirando a los comprensivos ojos de Julia.

- Lo siento- murmuró ésta.- Sé lo que sientes por él.

- ¿Qué?- preguntó Scully, su mente en plena agitación.

- Lo sé desde hace mucho tiempo. Y también puedo entender el por qué. Yo siento lo mismo, sólo que él nunca me ha mirado dos veces. Siempre ha sido obvio para mí que él únicamente tiene ojos para una persona, y ésa eres tú.

- Sí.- Scully aceptó esa verdad sin sorprenderse.- Tengo que encontrarle- dijo.- Necesito un camión, uno de los que llevan generador.

- Puedes llevártelo- asintió Julia.

- Y material médico, y parte de mi equipo de investigación.

- Lo que quieras, Dana.

Scully volvió la vista hacia ella de camino hacia la puerta.- Espero que le encuentres- dijo Julia, con sus oscuros ojos llenos de sinceridad.

- Lo haré- Scully se sentía más convencida de lo que jamás había estado en su vida.

Empaquetó lo que necesitaba en el camión, maldiciendo a Skinner por lo bajo todo el tiempo.

- De todas las cosas estúpidas, cabezotas, estúpidas, idiotas, estúpidas... Eso voy a gritarle cuando lo encuentre, voy a meter a gritos un poco de sentido común en esa estúpida, cabezota, estúpida mente suya- gruñó, subiendo al camión y poniéndolo en marcha. Ni siquiera sabía a dónde se dirigía, tan sólo que tenía que encaminarse a alguna parte.

Tras diez minutos, se detuvo a un lado del camino, tratando de aclarar su mente y pensar con lógica. Condujo hasta el centro de Washington, temblando mientras el camión surcaba calles vacías y pasaba por delante de escaparates rotos, que habían sido destrozados en los saqueos que siguieron al primer estallido de la enfermedad.

Primero fue hasta el antiguo apartamento de Skinner en Crystal City, y subió hasta el decimoséptimo piso pasando por encima de cadáveres putrefactos de personas muertas hacía tiempo. El lugar era una trampa de la enfermedad, y Scully supo que él no estaba allí incluso antes de abrir la puerta de su apartamento, que no estaba cerrada con llave. El hedor que invadía el edificio era demasiado para que nadie pudiera soportarlo. Bajó corriendo las escaleras y condujo hasta el edificio del FBI. No había tantos cadáveres en el centro de la ciudad, pero el hedor allí era incluso más insoportable. Scully se volvió y se alejó de allí tras sólo una ojeada apresurada. Salió de la ciudad, paró el camión en la cuneta y se quedó allí sentada, preguntándose a dónde demonios podía haber ido.

Se le ocurrió una idea que la dejó paralizada. No, seguramente él no habría... pero no quedaba ningún otro sitio en que pudiera pensar, y era exactamente lo que Skinner haría. Encajaba en su sentido del orden. Scully metió la marcha, pisó a fondo el acelerador y el camión arrancó.

Llegó a la comuna pocas horas después, tras haber conducido de un tirón, sin parar una sola vez. No encontró ni rastro de tráfico, por lo que fue a todo gas durante todo el trayecto. Sólo esperaba que esto no fuese un esfuerzo inútil, pero ella conocía a su Skinner, y sabía que él jamás se arriesgaría a llevar la enfermedad a una zona que no estuviese infectada. Él era consciente de que todos los miembros de la comuna habían muerto, y que la mutación se había restringido a aquel lugar, en mitad de ninguna parte. Había regresado allí para morir, Scully estaba segura de ello.

Vio su jeep tan pronto como llegó a la granja, y exhaló un suspiro de alivio por haberle encontrado. Saltó del camión y entró corriendo en la casa, directamente subiendo las escaleras hasta el dormitorio que habían compartido en mitad de su agotamiento, menos de una semana antes. Supo que estaba allí en cuanto llegó hasta la puerta: podía oler la enfermedad como la vieja enemiga que era.

Empujó la puerta con cautela, esperando que él todavía estuviese vivo, al menos. Skinner estaba tendido sobre la cama, desnudo, cubierto por una vieja sábana estampada, y su cuerpo brillaba por el sudor.

- Maldito seas- fue lo primero que Scully dijo.

Él se movió en la cama y abrió unos ojos somnolientos.- Márchate- murmuró en respuesta.

- ¿Después de haberme tomado tantas molestias para llegar hasta aquí? No lo creo- caminó hacia la cama y se sentó junto a él.- Estúpido idiota- le dijo, poniéndole una mano sobre la frente. Estaba ardiendo.

- Vas a tener que esforzarte en mejorar esa forma tuya de tratar a los enfermos, doctora- Skinner le dedicó una sonrisa cansada.

- Si mis pacientes se van tan lejos para huir de mí, ¿qué esperas?- le replicó ella, luchando contra la desesperación que sentía por dentro. Una inspección superficial le reveló que tenía los mismos síntomas

que los antiguos ocupantes de aquella casa. Y todos y cada uno de ellos habían muerto.

- Se acabó mi racha de suerte- dijo él con voz áspera.

- Aún no- le respondió ella firmemente.

- Sí. Ya va siendo hora. He engañado a la muerte demasiadas veces. Es el momento- insistió.

- No. No pienso dejar ganar a esta condenada enfermedad- le espetó Scully.- Esta vez es personal- continuó con firmeza.

Skinner esbozó una débil sonrisa y sacudió la cabeza.- Siempre me encantó tu forma de luchar- Comenzó a toser, y un espasmo recorrió todo su cuerpo.

- Quédate aquí- Scully se puso en pie y volvió a bajar corriendo al piso de abajo. Cogió su maletín médico y una docena de botellas de agua, y después regresó a la carrera hacia el dormitorio. Le sirvió a Skinner un poco de agua, que él bebió con ansiedad, y después comenzó a desempaquetar su equipo médico. Le lavó, le puso más cómodo, y extrajo una nueva muestra de sangre de su brazo. Él sacudió la cabeza, sonriendo ante sus esfuerzos.

- ¿Sucumbir luchando?- murmuró.

- No voy a sucumbir en absoluto, y tú tampoco- le contestó ella en tono reprobador.

- Sí, señora- Skinner cerró los ojos y se deslizó en un sueño inquieto.

Scully se giró hacia el equipo que había preparado en una mesa disponible y estudió la muestra que había tomado. La actividad de las nanomáquinas había vuelto a aumentar, rondando un increíble 900%. Contempló fijamente los resultados que había obtenido, y luego a Skinner. Intentándolo con todas sus fuerzas, las nanomáquinas claramente estaban haciendo lo mismo que ella, a pesar de sus negativas: sucumbir luchando, pero sucumbir de todas formas. El estado de Skinner había empeorado incluso en el corto espacio de tiempo desde que ella llegara, y Scully sabía que le quedaban menos de tres días si esta cepa del virus seguía el mismo patrón que antes.

Pensó que ojalá supiera todas las respuestas: cómo le habían protegido las nanomáquinas de todas las infecciones anteriores, por qué estaban fallando ahora. Supuso que el salvajismo de esta particular mutación era demasiado para ellas. No por vez primera, se preguntó por la tecnología que las había creado. ¿Cómo las había obtenido Krycek? ¿Qué interés tenía el Sindicato en ellas? ¿Sería posible que las hubiesen creado para luchar contra este virus en primer lugar, y que el otro y mortal propósito para el que las habían usado fuese un producto derivado de ese objetivo principal?

Scully suspiró y se ajustó las gafas sobre la nariz mientras examinaba los datos. Se estaba quedando sin tiempo.

Recordó la última vez que había estado cuidando a Skinner en el hospital. Su piel entonces estaba jaspeada de oscuras manchas, las paredes de sus arterias delineadas por depósitos de carbono que casi le habían matado. Que le habían matado, de hecho. Scully mordió la punta de su bolígrafo, mientras una idea se despertaba en su mente. Era estúpida, lo sabía, pero ¿qué elección tenía? ¿No valía la pena correr el riesgo?

Se levantó y volvió junto a Skinner, sentándose a su lado. Su rostro estaba cubierto de sudor, y parecía tan enfermo que Scully casi se echó a llorar.

- Walter- dijo suavemente.

- ¿Mmmm?- él abrió los ojos, luchando por enfocarla.

- ¿Confías en mí?- le preguntó ella, agarrándole la mano y mirándole a los ojos.

- Hasta mi vida. Evidentemente.- respondió él con voz rasposa, dedicándole una chispa de su patentada sonrisa sardónica.

- Voy a hacer algo que podría matarte.- Sumergió un paño en el recipiente con agua que había junto a la cama, y con suma dulzura le limpió el sudor del rostro.

- De acuerdo- contestó él, ya despejado.- Estoy en tus manos, de todos modos. Siempre lo he estado- murmuró, su voz decayendo, y cerró los ojos de nuevo.

Scully le contempló durante largo rato, y luego, haciendo acopio de toda su fuerza, volvió a sus notas. No había ninguna prueba de que el carbono pudiera absorber el virus, y sabía que le causaría un considerable dolor, que aquello no era más que una disparatada intuición, pero no podía quedarse sentada sin hacer nada. Revolvió entre las posesiones de Skinner hasta que encontró el mando, y luego se giró hacia él.

Skinner estaba inconsciente, gimiendo suavemente en su delirio. Scully odiaba verle así, tan frágil y enfermo. Estaba acostumbrada a su vitalidad, a su absoluta terquedad, su obstinación, y la fuerza que había sido una inspiración para todos ellos.

- Si esto no funciona, entonces... sólo quiero que sepas que lo siento- susurró. Él no se movió, y ella en silencio indicó a las nanomáquinas que inundaran su cuerpo de carbono. Pocos segundos después, al contraerse sus arterias, Skinner se convulsionó sobre la cama y gritó de dolor. Scully dudó, con las manos temblando, pero se endureció para resistir sus roncós e inarticulados gritos, y continuó inundando de carbono su sistema. Le llevó varias horas construir los muros de carbono en su torrente sanguíneo, y para entonces él ya estaba doblado sobre sí mismo a causa del dolor, tendido de costado en posición fetal, con todo el cuerpo cubierto de sudor.

Scully examinó sus constantes vitales otra vez, como hacía cada quince minutos, con la esperanza de ver algún cambio en su condición, pero en realidad no hacía más que empeorar. Tras siete horas, Scully tenía que esforzarse para permanecer despierta, demasiado consciente de que aquella podía ser la última noche, el último día, las últimas horas en la vida de Skinner.

La siguiente vez que le examinó, le pareció que el sarpullido del pecho había disminuido, pero no podía estar segura de si se debía tan sólo a que las líneas de carbono sobresalían en duras crestas que desfiguraban su piel. Volvió a lavarle el sudor del cuerpo, y luego se tendió junto a él, rodeándole con sus brazos.

- No era sólo por consuelo- susurró. Él no se movió. Scully se acercó y besó sus labios inmóviles. Luego se quedó allí tumbada, intentando hacer que Skinner se recuperase a base de fuerza de voluntad.- ¡Ponte bien, maldito seas!- dijo en voz baja.- No puedes morir. No ahora. No lo permitiré.

Se acordó de un gato que había tenido de pequeña, que se había puesto enfermo y el veterinario les había recomendado que lo “durmieran”. Maggie Scully les había preguntado a sus hijos si querían estar allí cuando ocurriese, y Dana se había sentido horrorizada ante la idea de que su gato muriese solo, sin nadie que le quisiera. Había insistido en estar allí, y había acariciado la cabeza del gato hasta que murió. Más tarde, se lo habían llevado a casa y le habían enterrado en el jardín.

Tampoco dejaría a Skinner morir solo. Tenía intención de permanecer a su lado a cada paso del camino, ocurriera lo que ocurriese. Se acurrucó junto a él, abrazándole con fuerza, y se quedó dormida.

- Eh- una voz baja y rasposa la despertó pocas horas después. Scully abrió los ojos y se encontró frente a frente con la oscura e intensa mirada de Skinner.

- Estás...

- ¿Vivo? Sí.- Consiguió esbozar un amago de sonrisa.

- Iba a decir despierto- le corrigió ella.

- Y un cuerno ibas a decir eso- replicó él.- Creías que iba a morir.

- Tonterías. Sabía que no ibas a morir, porque soy la mejor doctora de este condenado mundo- bromeó ella, con el corazón latiéndole tan deprisa que creía que iba a estallarle.

- Ninguna enfermedad se atrevería a desafiarte, ¿eh?- preguntó él débilmente, convulsionándose contra la almohada con una carcajada ronca.

- Exacto.- Scully se sentó para examinarle. Le había bajado la fiebre, y el sarpullido del pecho casi había desaparecido.

- ¿Combatiendo el fuego con fuego?- preguntó Skinner, bajando la vista hacia las oscuras venas que afeaban su piel.

- Merecía la pena intentarlo. No comprendo muy bien por qué funcionó, pero lo hizo- contestó ella con una sonrisa. Casi le fallaron las piernas al darse cuenta de la enormidad de lo que había hecho. ¡Él iba a sobrevivir! Se derrumbó sobre la cama, quedándose allí sentada en silencio durante un momento.- Nunca, nunca vuelvas a escaparte sin decirme nada- le regañó.

- No me atrevería- respondió él con una sonrisa cansina. Le asaltó un nuevo ataque de tos, y Scully le acercó un vaso de agua a los labios, que él bebió agradecido.

- ¿Crees que sería prudente...- logró decir Skinner entre jadeos, mirando su piel cubierta de manchas...bajarle la temperatura a estas pequeñas sanguijuelas?- Su cuerpo entero se convulsionaba de dolor, y Scully se levantó para coger el mando electrónico.

- No tengo ni idea, pero tendremos que intentarlo en algún momento, a menos que queramos que vayas por ahí convertido en algo peor que el monstruo de Frankenstein- dijo con una sonrisa. Hizo una serie de

ajustes y contempló, asombrada, cómo las hinchadas venas se reducían prácticamente ante sus ojos. Skinner suspiró de alivio y volvió a cerrar los ojos.

Scully regresó a sus datos médicos. Si había existido una cura para él, entonces podía haber una cura para todo el mundo. Trabajó sin descanso durante los dos días siguientes, cuidando de Skinner hasta que recuperó la salud y examinando la actividad de las nanomáquinas en su sangre. Durante la tercera tarde, Skinner se encontró lo bastante bien como para incorporarse en la cama. Ella le trajo un poco de sopa caliente, y se sentó junto a él, tomando en sus manos los resultados de las pruebas que le había hecho.

- ¿Su informe, agente Scully?- Skinner elevó una ceja en dirección a ella.

- Sí, señor- respondió ella con una sonrisa.- Creo que puedo utilizar la nanotecnología para...- hizo una dramática pausa antes de dejar caer la bomba- ...efectuar una cura.

- ¿Una cura?- repitió él, aturdido.

- Sí. Confía en mí, soy médico- bromeó.

- Has estado esperando la ocasión de decir eso durante años, ¿verdad?- Skinner fijó la vista en los datos médicos que ella le había dado, frunciendo el ceño mientras trataba de encontrarles sentido.- ¿Una cura?- repitió incrédulo.- Después de todo este tiempo. ¿Estás segura?

- Creo que sí- asintió ella, incapaz de evitar la amplia sonrisa satisfecha que se había instalado en su rostro- Las nanomáquinas de tu sangre se reproducen para luchar contra el virus. Tal como yo lo veo, todo lo que hace falta es una sola de estas pequeñas sanguijuelas, como tú las llamas, en las venas de una persona, y ésta tendrá toda la protección que necesita.

- Jesucristo, ¿quién habría pensado que estos bastardos que llevo dentro, y a los que he odiado tanto tiempo, serían en realidad una cura para cualquier cosa? Necesitamos volver a Washington y empezar a trabajar en esto...- Apartó las mantas y sacó las piernas de la cama, pero ella le puso ambas manos sobre los hombros y le impidió levantarse.

- Aún no estás lo bastante bien como para viajar. Yo iré y volveré a por ti después. Necesitas descansar.

- Estoy bien- dijo Skinner secamente.

- Y ahora mismo, yo soy más fuerte que tú, así que vuelve a la cama y haz lo que te digo- contestó ella con firmeza, empujándole contra la almohada y sintiendo un perverso placer al ver que él estaba demasiado débil para resistirse.

- No voy a quedarme aquí sentado mientras hay trabajo que hacer- replicó él, enfadado.

- Eso es exactamente lo que vas a hacer. Mira, ya les he enviado los datos por radio, y ahora volveré allí con las muestras de tu sangre, para que puedan empezar a reproducir las nanomáquinas. Después regresaré inmediatamente aquí.

- No- dijo él en tono decidido.

- Sí- Scully le enfrentó, y él le clavó la mirada.- Mira- dijo ella, razonable,- es de noche, y ninguno de los dos va a ir a ninguna parte hoy. Vamos a dormir un poco y ya volveremos a hablar de ello por la

mañana. Si te encuentras mejor, consideraré llevarte conmigo.

- De acuerdo- aceptó él con un suspiro, permitiendo que ella le acomodase en la cama.

Scully salió sigilosamente de la casa dos horas después, justo antes del amanecer, dejando a Skinner bien arropado en la cama, dormido. Extrajo la gasolina del depósito del jeep, y luego subió al camión. Sintió una vaga punzada de culpabilidad, pero él ya se encontraba lo bastante bien como para cuidar de sí mismo. Sólo necesitaba descansar, y no lo haría si volvía a Washington. Scully sabía que se volcaría inmediatamente en el trabajo si regresaba con ella. Skinner podía caminar, y había provisiones de comida y agua en la cocina. Estaría bien hasta que ella volviera, aunque Scully no estaba precisamente ansiosa por ver el recibimiento que él le daría cuando se aventurase a hacerlo.

Estuvo fuera durante tres días, en los cuales trabajó sin descanso con su ayudante, Eric, enseñándole cómo reproducir las nanomáquinas. No era difícil. El trabajo duro vendría después: instruir a los equipos médicos sobre cómo usarlas, sacarlas al mundo, y llevarlas a tantos sitios como fuese posible. Eso requería organización, y unas cualidades logísticas que ella no tenía, pero Skinner sí. Scully habría deseado poder concederle más descanso, pero sabía que no tenían tiempo para eso. Con un suspiro fatigado, subió al camión y comenzó el largo viaje de vuelta hacia la comuna.

Era media tarde cuando llegó allí. Le vio desde media milla antes. Skinner estaba sentado en el porche, descalzo, vestido con unos vaqueros y una camiseta, la vista fija en la distancia, esperándola. Scully no se sorprendería si él hubiera estado sentado allí todo el tiempo que ella había permanecido fuera. El hombre se puso en pie cuando el camión se acercó, y a Scully se le cortó la respiración.

Se le veía descansado. Su piel había perdido ese aspecto pálido y pegajoso, y volvía a lucir su habitual tono saludable y bronceado. Scully detuvo el camión con un chirrido de frenos y bajó de un salto, deseando con todas sus fuerzas correr hacia él y rodearle el cuello con sus brazos, pero al acercarse, vio que el cuerpo de Skinner estaba tenso de silenciosa rabia.

- Debes estar echando mucho de menos a Mulder, para empezar a comportarte como él- fueron sus primeras y secas palabras.

- ¿A qué te refieres?- estalló ella, demasiado cansada para mantener la calma.

- A lo de dejarme tirado- gruñó él.

- ¡Vaya, eso es estupendo, sobre todo viniendo de ti y después de lo que hiciste hace unos días!- le gritó ella.

- ¡Tenía una buena razón!

- ¡Yo también! ¡Necesitabas descansar!

- ¡Necesitaba volver a Washington! ¡Aún lo necesito, maldita sea!
- ¡Bueno, menos mal que regresé a por ti en vez de dejarte aquí, entonces!- espetó Scully.
- ¡Gracias, me siento muy honrado!- Skinner inclinó la cabeza burlonamente.- Y lamento muchísimo no ser Mulder.
- ¿Qué demonios se supone que significa eso?- preguntó ella, sintiendo que su genio se encendía de nuevo.
- Significa que no recuerdo haberte visto nunca pelear así con él. Lamento no ser él. ¡Dios mío, realmente debo cabrearte mucho para que te pongas tan furiosa!- replicó él, enfadado.
- ¡Claro que no me peleaba así con Mulder!- contestó ella a su vez- ¡Porque nunca he estado enamorada de Mulder!
- ¡¿Qué?!- Skinner abrió y cerró la boca de pleno asombro.
- Ya me has oído- replicó Scully, y rió de alivio por habérselo dicho al fin.- No se trata de que me cabrees, Walter. Nunca ha sido así. He estado enamorada de ti durante meses, sólo que estaba demasiado preocupada y cansada para darme cuenta. Había momentos en que te deseaba tanto, que todo lo que podía hacer era gritarte.
- No entiendo nada- dijo él en tono desconcertado.
- Todos esos sentimientos reprimidos tenían que ir a alguna parte,- suspiró.- Lamento habértelo puesto tan difícil. Sólo lo descubrí cuando creí que ibas a morir. Supe que no podría soportar perderte. Ya pensé que te había perdido una vez antes, y sabía que no sería capaz de pasar por ello otra vez. Cuando Chris me puso el cuchillo en la garganta, yo quería morir, porque creía que estabas muerto.- Scully se acercó a Skinner, y cubrió su mejilla con la mano.- No fue por consuelo, Walter. Era una vía de escape, sí, pero no fue por miedo, ni por aprovechar el momento. Me llevó un tiempo descubrir eso. En realidad creo que acabo de hacerlo. Conduciendo hacia aquí, no podía esperar para verte, para estar contigo. Era lo único en lo que podía pensar.
- Él la agarró por las caderas, y la miró con una expresión de alegre perplejidad.
- Pensaba que estabas enamorada de Mulder- dijo.
- Quiero a Mulder, pero eso siempre ha sido diferente. He trabajado con él durante siete años, pero nunca ha pasado nada entre nosotros, Walter. Creo que si fuese a ocurrir, ya lo habría hecho. He trabajado contigo tan cerca como siempre trabajé con él, y conozco la diferencia entre lo que sentía por él y lo que estoy sintiendo ahora, por ti.
- ¿Por qué?- murmuró él, sus oscuros ojos llenos de una profunda emoción que Scully había presenciado muchas veces, pero nunca antes había comprendido.
- ¿Por qué te quiero?- rió ella.- ¿Y por qué no? ¿Por qué demonios no iba a hacerlo? Nunca te conocí de verdad hasta que este desastre nos barrió a todos en su camino, pero Dios sabe que ya me gustabas antes. Incluso te besé una vez, ¿lo recuerdas?- le provocó ella, deslizando un dedo sobre los labios de

él.- Intenté engañarme a mí misma diciéndome que fue por gratitud, pero tan pronto como mis labios tocaron los tuyos supe que no lo era. Me hizo sentir como si un rayo subiera por mi columna vertebral, y me produjo un hormigueo en todo el cuerpo. Y tú, ¡tú actuaste como un adolescente a quien jamás hubiesen besado antes!- Scully rió al recordarlo.

- No de ese modo, al menos- rió él a su vez, acercándola hacia sí con sus enormes manos.- Nadie me había besado así nunca- susurró, enredando sus manos en el cabello de Scully y rozando suavemente sus labios con los suyos.

Ella respondió con ansia, extendiendo las manos para acercarle más aún, abriendo la boca y encontrando su lengua, saboreándole, desesperada por estar tan cerca de él como fuese posible. Las manos de él dibujaban senderos de fuego por su cuerpo, acariciando sus nalgas, sus muslos, su espalda, mientras se besaban hasta quedar sin aliento. Entonces se separaron, riendo.

- Ven conmigo.- Scully le tomó de la mano y le condujo al interior de la casa, y él dudó, mirando hacia el camión.- El mundo puede esperar unas horas, yo no- le dijo ella impacientemente. Skinner sonrió y la siguió por las escaleras, hasta el dormitorio.

Ella empezó a quitarse la ropa antes incluso de que llegaran a la habitación, y estaba completamente desnuda para cuando tocó la cama. Él se las había arreglado para quitarse la camiseta, y Scully pronto le despojó de los pantalones y los calzoncillos, tirando de él hasta tenerle sobre ella. Scully sintió su erección presionándole sobre el muslo y sonrió.

- Me alegro mucho de ver que te has recuperado, aunque creo que debería hacerte un examen completo- murmuró, rodando hasta colocarse encima de él, y tomó su miembro erecto en las manos, deleitándose en la dureza de su masculinidad bajo sus dedos. Él gimió y se apretó contra ella, y Scully sonrió de nuevo.

- Creo que esto funciona bien- le provocó, retirando su mano.

- ¿Ésa es una opinión profesional, doctora Scully?- masculló Skinner, agarrándola y colocándola a horcajadas sobre él, sus manos acariciando suavemente los pechos de la mujer. Ella echó la cabeza hacia atrás cuando los dedos de él frotaron bruscamente sus pezones. Ya se sentía húmeda, sólo por estar desnuda con él, besándole, perteneciéndole por fin, igual que él le pertenecía a ella.

- Te amo- le dijo.

- Y yo te adoro, pero eso ya lo sabes- respondió él, haciéndole bajar la cabeza para robarle otro largo beso.

- Sí... tantos actos de amabilidad...- susurró Scully, deslizando sus dedos por el encrespado vello de su pecho, encontrando un pezón y acariciándolo.- Nunca supe que era porque me querías, a pesar de ello. Simplemente pensé... No sé lo que pensé.

- Te he amado desde hace mucho tiempo, Dana Scully. Muchísimo tiempo, sin duda.- contestó él, y sus ojos estaban tan serios que ella tembló.

- Lo único que lamento es que me llevara tanto tiempo darme cuenta de lo que quería.- la mujer le besó de nuevo, y se movió hacia abajo por su cuerpo, lamiendo su hermosa y dorada piel mientras lo hacía. Skinner sabía a sal y a una esencia masculina que era tan propia de él, que Scully se sintió aún más

húmeda sólo por su aroma y su sabor. Tomó su dura masculinidad en su boca, y él gimió, arqueándose contra ella.

- Demasiado pronto. Ha pasado mucho tiempo, y no quiero ponerme en ridículo- jadeó él.- Ven aquí.

Se incorporó y la hizo tenderse junto a él, acariciando delicadamente su cuerpo. Luego introdujo los dedos entre los húmedos pliegues entre las piernas de ella, encontrando su clitoris y acariciándolo, y Scully explotó entre oleadas de placer que inundaron su cuerpo, una tras otra. Se sentía tan bien, después de tantos meses de llevar una vida extenuante y sin alma. Frotó la nariz contra los anchos hombros de Skinner, lamiendo y mordiendo, necesitando saborearle y sentir su sólida carne contra la suya propia. Finalmente él la hizo rodar sobre su espalda y le separó las piernas con una de sus grandes manos, mientras con la otra le acariciaba un pezón entre los dedos.

- Por favor... ahora- gimió ella, y él sonrió, colocándose sobre ella, y deslizó con facilidad su miembro, grande y duro, en su interior.- ¡Oh, Dios!- gritó Scully, cruzando las piernas tras la espalda de él y empujándole más profundamente dentro de su cuerpo.- Más, por favor... más...

Él comenzó a moverse, en largas, lentas y enloquecedoras acometidas, que acariciaban el clitoris de la mujer con cada movimiento, enardeciéndola. Scully levantó la vista hacia a aquel conocido y amado rostro, y se preguntó cómo podía haber habido un tiempo en que no había sabido lo que sentía por él.

- Contigo me siento como en casa- susurró, alzando las manos para acariciar las mejillas de él. Alcanzó el clímax un segundo después, explotando en mitad de una luz blanca que convirtió su cuerpo en un éxtasis desmadejado, y su mente en un brillante campo de estrellas. Apenas fue consciente del momento en que él alcanzó su propia liberación dentro de ella, casi inmediatamente después. Skinner se desplomó junto a ella y la abrazó, apoyando su ágil y blanco cuerpo contra el suyo, grande y bronceado.

- Hogar, dulce hogar- bromeó él, y ella sonrió a su vez, recordando.

Durmieron durante un rato. Cuando Scully despertó, encontró cuatro girasoles, dispuestos en un jarrón hecho con una vieja lata, junto a su cama.

- Mi madre siempre decía que se puede confiar en un hombre que le trae flores a una chica- susurró. Skinner le sonrió, con la cabeza apoyada en una mano.

- Casi no puedo creer que estés así conmigo- murmuró él, acariciando el sedoso muslo de ella con una mano enorme.

- ¿Cómo, con el culo al aire?- Ella fijó la vista en su propio cuerpo, dándose cuenta de que por primera vez en meses, se sentía relajada, en calma. Incluso feliz.

- Ajá.- Skinner bajó la cabeza y le dio un beso. Ella le correspondió libremente, deseando más. Siempre deseando más.

- Nunca dejaré de buscar a Mulder- dijo Skinner cuando sus labios se separaron de nuevo.

- Lo sé. Yo tampoco.- respondió ella, y se sonrieron.

Hicieron el amor de nuevo, más despacio esta vez, mientras afuera la tarde se convertía en noche. Después Scully permaneció tendida entre sus brazos, disfrutando simplemente la sensación de tenerle junto a ella.

- Cuando era niña...- comenzó.

- Mmmmm...- Las manos de él rodearon su cintura con más fuerza, como si no quisiera dejarla ir nunca.

- Solía preguntarme cómo sería despertar un día y encontrar que todo el mundo había desaparecido- susurró ella en la oscuridad. Los labios de Skinner depositaron un beso protector en su hombro.- Y solía preocuparme la idea de que tan sólo quedara una persona, un hombre, y que no me gustara. Que sólo estaríamos nosotros dos en el mundo, y que tendríamos que tener hijos, pero que él no me gustaría.

- Eras una niña muy imaginativa.- Él le lamió suavemente el lóbulo de la oreja.- No te preocupes, eso no va a ocurrir.

- Podría haber ocurrido.- Scully se encogió de hombros.- O algo muy parecido. Si no hubiera sido por ti y por lo que hay en tu sangre, yo podría haber terminado siendo la última persona viva de la tierra- añadió en tono pensativo.

- ¿Y el tipo? ¿El que no te gustaba?- Skinner volvió a besarla.

- ¿Y si hubiera sido Spender? ¿O Krycek?- Ella tembló, con la piel de gallina.

- Está bien, eso no va a pasar. Nunca volverás a estar sola, te lo prometo.

- Lo sé.- Se giró en sus brazos y le miró, trazando con un dedo la línea de sus pómulos, de su nariz y sus labios en la oscuridad, llegando hasta las oscuras profundidades de sus ojos.- Ahora lo sé- susurró.

Él sonrió, acariciando con sus manos la espalda y las nalgas de la mujer, con los senos de ella apretados contra su pecho.- Deberíamos descansar un poco- dijo.

- Lo sé. Mañana tenemos que salvar el mundo- contestó ella con una sonrisa irónica.

- Pero es un mundo que merece la pena salvar, lleno de las más hermosas criaturas- respondió él, besándola en la mejilla.

Scully se acomodó en su amplio y velludo pecho, y dejó caer la cabeza sobre su hombro ancho y musculoso.- Sí, lo es- asintió.

This story archived at <http://www.xanthe.org/contagion/>